

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

misión en la isla del canguro

Joseph Berna



MISION EN LA ISLA DEL CANGURO

JOSEPH BERNA

Colección

SERVICIO SECRETO n ° 1278

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



SERVICIO SECRETO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1-257—¡Buen trabajo, Sheridan!

En Colección KANSAS:

843 — La elección de Miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841 — Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

164 — La heredera del Cinco Estrellas.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

145 — Los búhos.

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 50.747 — 1974

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1975

© Joseph Berna — 1975 texto

© Miguel García — 1975 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A.

Mora la Nueva, 2

Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

RED Felton detuvo su automóvil, un «Jaguar» rojo, descapotable, a unos cincuenta metros de la lujosa villa que se veía a su izquierda, totalmente aislada.

Se hallaba convenientemente cercada por una gruesa tapia de rojos ladrillos, cuya altura sobrepasaba en veinte o treinta centímetros los dos metros.

Unos treinta kilómetros la separaban de Washington.

Red Felton, moreno, veintinueve años, de facciones correctas, consultó su reloj.

Faltaban un par de minutos para las diez de la noche.

Felton dio una última chupada al cigarrillo que tenía a medio consumir, y a continuación lo hizo desaparecer en el cenicero del «Jaguar», y salió del coche.

Vestía totalmente de negro. Los pantalones eran de cuero, ajustados a sus largas piernas. El jersey, de punto y cuello subido, le venía más ajustado aún, pegado al cuerpo como una segunda piel.

Dio un vistazo a la villa, y empezó a caminar hacia ella.

A las diez en punto, ni un segundo antes, tenía que saltar la tapia de ladrillos, cruzar el amplio jardín, penetrar en la casa y tratar de llegar hasta el despacho de Cornel Playton, propietario de la villa.

Y todo ello, en un tiempo máximo de diez minutos

Si se excedía, aunque sólo fuera en una décima de segundo, habría fracasado.

Y a la C.I.A. (Central Intelligence Agency) no le gustaba nada que sus agentes fracasaran.

Pero Red Felton, que confiaba en sí mismo, no pensaba ni por un momento en el posible fracaso. Sabía que la empresa era ardua, peliaguda, porque desde el instante en que se dejase caer al otro lado de la tapia, iban a lloverle las dificultades.

Se había preparado para ello, física y mentalmente, desde el momento en que leyera las instrucciones.

El agente de la C.I.A., caminando entre los árboles, había llegado junto a la tapia.

Las luces de la casa iluminaban bastante bien el jardín que la rodeaba.

Red Felton miró su reloj: las diez menos cinco segundos.

Esperó a que transcurrieran, e inmediatamente empezó a actuar.

Saltó al otro lado de la tapia, tras haberse izado a pulso, y escrutó el jardín.

No descubrió a nadie.

Avanzó hacia la casa, aparentemente tranquilo, pero con todos los sentidos alerta.

Percibió un leve ruido a su izquierda.

Se volvió como una centella, y descubrió a un tipo corpulento, que empuñaba, con ambas manos, elevada sobre su cabeza, un hacha de leñador.

Se hallaba muy cerca del agente de la C.I.A.

El hercúleo individuo soltó un rugido de rabia por haber sido descubierto, al mismo tiempo que descargaba un terrorífico hachazo sobre la cabeza de Red Felton.

Este, con una elasticidad envidiable, cambió de lugar, una fracción de segundo antes de que el hacha cayese sobre su testa.

El sujeto, al fallar el golpe, se quedó doblado hacia adelante, con el hacha clavada en la blanda tierra del jardín.

Antes de que se irguiera de nuevo, Felton le golpeó duramente en la nuca, con el filo de su mano diestra.

El fulano del hacha emitió un débil gemido y cayó de bruces, totalmente inconsciente.

Red Felton reemprendió su avance hacia la casa.

De pronto, un tipo con cara de gorila, más peludo que un cepillo, surgió ante él, llevando en su mano izquierda un machete mexicano, que destellaba por muchos puntos de su larga y ancha hoja.

El agente no se inmutó, siguió avanzando.

Cuando estuvo al alcance del peludo, éste soltó un machetazo capaz de cortar todas las cañas de una plantación de azúcar.

Sin embargo, el cuchillazo sólo cortó el aire, porque Red Felton se había dejado caer al suelo, en el momento preciso.

Al mismo tiempo que la hoja de acero silbaba sobre su cabeza, el agente de la C.I.A. disparaba sus dos piernas a la vez, alcanzando al fulano del machete en pleno vientre.

El alarido del peludo resultó ensordecedor, pero breve, ya que el puño derecho de Red Felton hizo explosión en su sien zurda cuando se inclinó agarrándose el pateado vientre, lo cual motivo que se callara inmediatamente y besara el suelo.

Felton se puso en pie de un salto y se encaminó hacia la casa, llegando hasta ella sin más contratiempos. Subió los ocho peldaños de blanco mármol y se detuvo ante las puertas, que permanecían abiertas de par en par.

A Red Felton le pareció que la izquierda se hallaba más pegada a la pared del corredor que se divisaba.

Por eso le pegó un patadón a la puerta derecha.

Se oyó un grito desgarrador.

El agente sonrió.

Cuando cruzó la entrada y separó la puerta derecha, de la pared del corredor, descubrió a un tipo que se tambaleaba con la cara contraída de dolor, la nariz sangrante, las costillas magulladas...

Red Felton echó a andar por el corredor, el cual comunicaba con un salón amplio y bien amueblado.

Cuando se disponía a entrar en él, un fornido sujeto, con 2,10 de altura por lo menos, la cabeza rapada y el enorme pecho desnudo, le cerró el paso con gesto fiero.

El agente de la C.I.A. se detuvo y escrutó al gigante.

Después, le ordenó:

—Aparta, muralla.

El tipo de la cabeza pelada enseñó los colmillos y gruñó:

—¡Hasta aquí has llegado, Felton!

—Te equivocas, cara de melón —sonrió irónicamente Red Felton—, Pienso llegar más lejos todavía.

—¡No será entero!

—Todo de una pieza, pequeño. ¿Quieres apostar algo?

—¡Soy luchador de *catch*! —reveló el calvo, sonriendo de forma macabra.

—Ya será menos...

—¡Te arrancaré de cuajo las quijadas y me haré con ellas unas castañuelas!

—Eres demasiado feo para hacerte pasar por Lucero Tena.

La bestia humana apretó los maxilares y avanzó un paso, con los brazos alargados, dispuesto a atrapar al agente de la C.I.A.

Red Felton no se movió al principio, pero cuando el tractor de carne y hueso estuvo al alcance de sus piernas, le atizó un punterazo al hígado.

El golpe fue tan duro y certero que el gigantesco individuo se puso verde como un semáforo en luz de paso.

El luchador de *catch* soltó un bramido y se dobló hacia adelante.

El trancazo que recibió en la región occipital le obligó a tumbarse en el suelo, inmerso ya en el país de los sueños.

—Ya van cuatro... —murmuró Red Felton, mirando a la mole humana que yacía, inmóvil, a sus pies.

Penetró en el salón.

Como en él no se veía a nadie, lo cruzó con paso raudo, llegando

hasta la puerta del fondo, la cual abrió de un empujón.

Descubrió una estancia muy parecida a la anterior, en cuanto a su amplitud, pero decorada de forma muy diferente.

Esta de ahora parecía una sala de armas del siglo XV.

Estaba solitaria, silenciosa...

Aparentemente, al menos, no había nadie en ella.

Pero Red Felton no solía fiarse de las apariencias.

Le dio mala espina una reluciente armadura, cuyos brazos, elevados, sostenían una pesada maza de hierro con picos por todos lados. Estaba colocada en un lugar por el cual se vería precisado a pasar para llegar a la estancia contigua.

¿Casualidad?

Red Felton dejó de prestar atención a la bien cuidada armadura, y caminó con decisión hacia la puerta que debía utilizar para proseguir su avance hacia el despacho de Cornel Playton.

Cuando estuvo a unos dos metros de la reliquia medieval, se lanzó inesperadamente contra ella, con rapidez, golpeando con su hombro zurdo en el petó de la misma.

La pesada armadura se venció hacia atrás, estrellándose contra el suelo con gran estrépito.

Red Felton levantó la visera del yelmo, y descubrió al causa de su acción atacante, se apoderó de la maza que había perdido en su caída el sujeto que ocupaba la armadura.

El agente la utilizó un segundo después.

El golpe fue seco, en pleno yelmo.

Red Felton levantó la visera del yelmo, y descubrió al tipo que llenaba el traje de guerra medieval.

El individuo dormía como un bendito.

El agente se puso en pie, y consultó otra vez su reloj.

Las diez y cinco minutos justos.

Bien, no podía quejarse: había eliminado a cinco fulanos en otros tantos minutos.

Alcanzó la puerta, la abrió con cuidado y ojeó la nueva estancia.

Tampoco se veía a nadie en ella.

No obstante, los órganos olfatorios del agente de la C.I.A. percibieron el aroma de un perfume fuerte, penetrante, seductor.

Red Felton se puso en guardia, porque sabía cuán astuto era Cornel Playton.

Y Cornel Playton tenía la ventaja, inestimable ventaja, de conocer la gran debilidad de Red Felton: las mujeres hermosas.

Hasta sus oídos llegó un ronroneo procedente del sofá que se hallaba de espaldas a la puerta que había utilizado para entrar.

Era una gata.

Y aun sin haberla visto, Red Felton sabía que se trataba de una gata fuera de serie, como todas las que Cornel Playton solía contratar, cuando necesitaba utilizarlas para embaucar a alguien.

El agente avanzó hacia el sofá, y descubrió a la hembra que lo ocupaba estirada cuan larga era, cubierta tan sólo con un microscópico bikini azul.

Era una pelirroja escultural, de medidas increíbles.

Con las manos bajo la nuca, sonriendo de forma turbadora, musitó:

—Hola, Red...

—Hola, miss Universo —dijo el agente, mirando todo lo que había que mirar, que no era poco.

—Yo no soy miss Universo... —repuso la provocativa pelirroja, encogiendo el remo derecho.

—¿Miss Galaxia, tal vez?

—Tampoco... —dijo ella, encogiendo ahora el remo izquierdo, que era tan excepcional como el derecho.

—Pues dispones de todo lo necesario para convencer al jurado más exigente, primor.

La pelirroja abanicó las pestañas y casi levantó *un* huracán.

—Gracias...

—De nada, hermosa. Que sigas de tan buen ver —dijo Felton, empezando a cruzar el *living*.

—Espera, Red... —murmuró ella, quedando sentada en el sofá, con una pierna sobre la otra.

El agente la miró y dijo:

—Lo siento, muñeca, llevo prisa.

—Quédate unos minutos conmigo, Red...

Red Felton carraspeó exageradamente y repuso:

—A lo mejor aún tengo suerte y te vuelvo a encontrar otro día, nena.

—Ahora o nunca, Red —sentenció la pelirroja, derritiendo al agente con la mirada.

—Adiós, encanto. Y lleva cuidado; estás deformando el bikini de tu hermanita pequeña.

Red Felton salió del *living* con la garganta reseca.

Diablos, qué malas ideas tenía Cornel Playton...

Pensando en la zorra del bikini azul, el agente se introdujo en una amplia habitación.

Allí tenía a otra...

Esta era morena, de rostro pícaro, cuerpo seductor, fresca...

Se cubría con un velo de seda, muy tenue y muy transparente.

Bueno, lo de «cubrir» es por decir algo.

La morena estaba interpretando una danza exótica, moviéndose como una anguila por la habitación.

Red Felton no pudo resistir la tentación, y clavó sus ojos en el formidable cuerpo femenino.

La del velo, sin dejar de moverse, le sonrió atrevidamente y dijo:

—Hola, Red...

—Hola, Salomé.

La impresionante morena soltó una risita.

—Yo no soy Salomé, Red. Me llamo Ana *la Musulmana*.

—Mucho gusto, hermana.

—*Estoy interpretando* La danza de los siete velos.

—¿Siete? Pues yo solamente distingo uno...

—Claro, porque estoy a punto de finalizar.

—Pues hale, acaba de una vez, que ese final no quisiera perdmelo.

—Cada velo tiene que caer en su momento justo...

Red Felton suspiró, resignado.

—De acuerdo, Ana, sigue moviendo tus formas, pero yo me voy — dijo, caminando hacia la puerta que se veía al fondo.

—Espera, Red, te lo ruego...

El agente de la C.I.A. no hizo caso.

—Red... —insistió la morena, con voz aterciopelada.

—¿Qué? —repuso el agente, pero de espaldas a ella.

—Que va a caer el velo...

—Otra vez será, Musulmana.

Red Felton salió rápidamente de la habitación que ocupaba circunstancialmente la desvergonzada morena.

Empezó a maldecir interiormente contra Cornel Playton.

Lo de la pelirroja había resultado difícil de superar, pero lo de la morena, mucho más.

Desde el salón donde se encontraba ahora Red Felton, se veía la puerta del despacho de Cornel Playton.

Apenas le separaban quince pasos, pero...

Dos negros, de poderosos músculos, altos, con el torso y las piernas de brillante piel al descubierto, custodiaban esa puerta.

Cada uno de ellos empuñaba una impresionante alabarda.

Red Felton miró de soslayo su reloj: las diez y ocho minutos.

Le quedaban solamente dos para desembarazarse de los negros.

Avanzó dos pasos, sonrió y dijo:

—Creo que os habéis equivocado de película, morenos. *Rebelión en Africa* se está filmando en el jardín. ¿Por qué no regresáis allí, antes de que se enfade el director?

El negro de la derecha levantó su lanza y gruñó:

—¡Turú!

—¡Turú, turú! —rugió también el negro de la izquierda, elevando su lanza de forma amenazante.

—¿Turú...? —repitió extrañado el agente—. ¿Sabéis lo que os digo? No sé lo que significa turú, pero a mí, tururú, majos.

La reacción de los negros no se hizo esperar.

El de la derecha soltó un grito y movió su lanza.

Red Felton pegó un brinco hacia su izquierda.

La puerta que comunicaba con la habitación de la morena recibió la lanzada.

El agente se vio obligado a cambiar nuevamente de posición, con vertiginosa rapidez, evitando la segunda lanza.

El arma perforó el respaldo de un butacón.

Los dos negros rugieron a tiempo y corrieron hacia el agente, dispuestos a descomponerle el esqueleto.

Red Felton desclavó la lanza del butacón, la empuñó como si fuera un palo, y le cascó en lo alto de la cabeza a uno de los negros.

El golpe fue tan tremendo que el negro se desplomó.

El otro cayó sobre Felton, con la fuerza de un elefante.

Los dos rodaron por el suelo, tratando de golpearse mutuamente.

El agente acertó a colocarle un puño en la cara a su enemigo.

Al instante, le sacudió un cabezazo en el mentón.

El negro se llevó las manos a la barbilla, gimiendo con los ojos apretados de dolor.

Red Felton recuperó la vertical de un felino salto, atrapó una silla y la descargó con fuerza sobre la testa del negro.

Se acabaron los gemidos.

El agente de la C.I.A. dio un suspiro y miró su reloj.

¡Faltaban cinco segundos para las diez y diez minutos!

—¡Diablos! —exclamó Red Felton, echando a correr hacia el despacho de Cornel Playton.

Abrió la puerta y entró en él como una exhalación. Sonriendo triunfalmente, dijo:

—Lo he conseguido, ¿verdad, jefe?

Capítulo II

CORNEL Playton, alto dirigente de la C.I.A., inhaló el cigarro y empezó a expulsar pausadamente el humo.

Era un hombre de recia complexión, cabellos algo canos, mirada enérgica, autoritaria. Frisaba los cuarenta y ocho años.

Tras examinar sin un pestañeo a Red Felton, ordenó:

—Siéntate, Felton.

—Sí, jefe —dijo Red, ocupando el butacón que se hallaba ante la mesa de Cornel Playton.

—¿Un cigarrillo? —preguntó el dirigente de la C.I.A., ofreciéndole una cajetilla de emboquillados.

—Sí, jefe; gracias.

Cornel Playton observó su cronómetro, el cual había detenido al mismo tiempo que el agente entraba en su despacho y respondió:

—Has empleado nueve minutos, cincuenta y nueve segundos y ocho décimas.

—Un buen tiempo, ¿eh? —sonrió Red.

—Sí, no está mal...

—Claro que no lo está. Teniendo en cuenta las dificultades que me tenía preparadas usted esta vez, lo considero todo un récord.

Cornel Playton sonrió levemente, con un chispazo astuto en las pupilas.

—Has podido superarlas todas, Felton...

—Lo mío me costó, jefe, no crea.

—No seas modesto, Felton. Como de costumbre, lo he presenciado todo por el monitor —explicó Playton, señalando con un dedo el aparato de televisión que tenía sobre la mesa, a su izquierda.

—Triunfé de puro milagro. Después de cuatro largos días haciendo vida de ermitaño, me pone usted delante a esas dos asombrosas hembras, y bueno, ya se lo puede imaginar... —suspiró el agente.

—Tenía que ponerte a prueba también de eso, Felton. Físicamente, estás a punto; y puedes superar las tentaciones femeninas. La combinación perfecta.

—¿Para qué?

—Para llevar a cabo la misión que voy a encomendarte.

—Ya estamos otra vez... —rezongó, por lo bajo, Red.

—¿Cómo dices?

—Preguntaba que de qué se trata esta vez —rectificó el agente, sonriendo sin ganas.

Cornel Playton soltó un chorro de humo y reveló:

—Tienes que ir a la isla del Canguro, que se halla en el Atlántico, al sur de las Bermudas.

—¿Por qué se llama así?

—Un capricho de Darío Parnasos.

—¿Quién es ése?

—Un millonario griego. Compró esa deshabitada isla hace poco más de dos años, pagando por ella una elevada suma al Gobierno inglés.

Red Felton aplastó el resto de su cigarrillo en un cenicero de plata y preguntó:

—¿Qué tengo que hacer en la isla del Canguro, jefe?

Cornel Playton abrió el cajón superior de su mesa, sacó una fotografía y se la mostró al agente, diciendo:

—Buscar a esta muchacha. Y si la encuentras, traerla a Washington.

—Haré lo primero, jefe, pero no espere lo segundo.

—¿Qué? —se extrañó el dirigente de la C.I.A., frunciendo el entrecejo.

—Si encuentro a esta preciosidad, me quedaré con ella, aunque tenga que vivir para siempre en la isla del Canguro. Con esta maravilla de cabellos rojizos no me importaría en absoluto.

—La traerás a Washington.

—Me quedaré con ella —murmuró Red, que continuaba encandilado mirando la fotografía.

—¡La traerás a Washington! —repitió en tono más alto Playton, que había captado la respuesta del agente.

—La traeré a Washington —asintió Rod enseguida, porque conocía muy bien el genio de Cornel Playton—. Si la encuentro, claro.

El dirigente de la C.I.A. esperó un poco y luego aseguró:

—La encontrarás, Felton. Tenemos la sospecha, más bien la certeza, aunque no podamos demostrarlo, de que esa muchacha se encuentra secuestrada en la isla del Canguro.

—Le apuesto un puro a que si esta diosa de la belleza se encuentra en el islote del griego, me la echo a la espalda y me la traigo a Washington. Aunque tenga que sacudirle cuatro mamporros a Darío Pelmazos.

Cornel Playton movió la cabeza, riendo.

—Tengo ganas de hablar contigo alguna vez en serio, Felton.

—Venga a verme el día de mi funeral. Verá cómo no estoy para

muchas bromas, entonces...

—Eres imposible.

—Siga hablándome de la pelirroja, jefe. ¿Cómo se llama?

—Doris Walcot.

—Bonito nombre. ¿Edad?

—Veintidós años.

—Veintidós siglos me pasaría yo junto a ella, jefe. Esta monada de chica lo tiene todo maravilloso...

—No empieces otra vez, Felton.

—Disculpe, jefe. ¿Sabe por qué han secuestrado a Doris Walcot?

—Para obtener dinero de su padre.

—¿Tiene mucho dinero el padre de la chica?

—Sí, posee una gran fortuna. Se trata de Terence Walcot, el propietario de la cadena de almacenes Walcot.

—Demonios...

—Doris Walcot lleva cinco días secuestrada. Y dentro de otros cinco, Walcot deberá tener dispuesto el millón de dólares, para entregarlo en el lugar y a la hora que oportunamente le indicarán los secuestradores. Si no lo hace, su hija morirá.

—¿Terence Walcot está dispuesto a pagar?

—Por supuesto que sí. Su esposa murió hace cinco años. Doris es la única hija. Terence Walcot dará lo que sea para que no le suceda nada malo a la muchacha. Sin embargo, lo que teme es que, después de pagado el importe del rescate, los secuestradores no dejen en libertad a Doris, sino que acaben con ella...

Cornel Playton miró fijamente a Red y añadió:

—Confío plenamente en ti, Felton. Sé que harás lo imposible por rescatar a Doris Walcot. Si lo consigues, cuenta con un mes de permiso, muchacho.

Red Felton brincó del butacón y exclamó eufórico:

—¡Por un mes de permiso, me traigo a la chica, al griego y hasta un trozo de isla, jefe!

* * *

Son muchos los que opinan que el hombre desciende del mono.

Sin embargo, bastarían sólo unos segundos, si se emplearan contemplando a Darío Parnasos, para cambiar de parecer.

Entonces se diría, se afirmaría categóricamente, que el hombre desciende del cerdo.

El millonario griego pesaba alrededor de los ciento diez kilos, tenía el pelo rojizo, igual que el abundante vello que cubría su porcino

cuerpo. Tenía, además, la cabeza grande, las orejas caídas, el hocico saliente, los labios gruesos, las extremidades cortas...

Sí, su parecido con un cerdo era extraordinario.

Para colmo, se cubría con unos pantalones a motas de colores que sólo le llegaban hasta las rótulas. La camisa, floreada, la llevaba desabrochada, dejando ver todas sus mallas superfluas.

Darío Parnasos estaba desayunando, sentado en una cómoda silla extensible, frente a la magnífica casa que había hecho construir en la isla del Canguro.

Nada menos que seis mujeres se ocupaban de atender al griego.

Las seis, jóvenes.

Las seis, apetitosas.

Las seis, en bikini.

—Otra tostada, Cristina —pidió Darío Parnasos.

Cristina, una griega de cabellos muy negros, se apresuró a ofrecérsela.

—Mermelada de pera, Silvana —indicó el millonario.

Silvana, una italiana de pelo castaño, que dejaba en mantillas a las más explosivas estrellas cinematográficas del país de los espaguetis, obedeció rápidamente.

El propietario de la isla del Canguro le hincó el diente a la tostada, con los ojos fijos en las excelencias pectorales de la italiana, generosamente exhibidas.

Cuando desvió la mirada fue para clavarla en una rubia que, como los buenos supermercados, tenía de todo y en abundancia.

—Más zumo de naranja, Brigitte.

La francesa Brigitte, muy sonriente, atrapó una jarra y llenó el vaso de Darío Parnasos.

Este lo vació, sin tomarse un respiro.

—La servilleta, Manuela —solicitó, dirigiéndose a una morena de ojos grandes y brillantes, nacida en México.

La azteca se cuidó de secar los gordos labios del cerdo humano.

—Hace una mañana espléndida, ¿verdad, señor Parnasos? —comentó una pelirroja, natural del Canadá, mirando el despejado cielo.

—Sí, Marilyn —convino el dueño de la isla, palmeándose el abultado estómago.

—Sopla una brisa maravillosa... —suspiró la que completaba el sexteto de chicas, una mulata de rostro bello y exótico, importada de Río de Janeiro.

El millonario griego emitió un ruidoso eructo y repuso:

—El airecillo de siempre, María...

—¿Más tostadas, señor Parnasos? —preguntó amablemente la griega.

—No, Cristina. Ya he dado por finalizado el desayuno.

—¿Podemos bajar a la playa, señor Parnasos? —inquirió la italiana, sonriendo picarescamente.

—Claro, Silvana. Hoy apetece bañarse. Hala, todas a zambullirse —sonrió el millonario, soltando un par de manotazos que no se perdieron en el vacío.

La francesa Brigitte y la brasileña María, cazadas en pleno trasero, rieron a dúo.

Después, las seis chicas echaron a correr alegremente, perdiéndose entre los cocoteros de la isla.

De pronto, el millonario murmuró:

—Esto que oigo es el ruido del motor de un helicóptero que se está aproximando a la isla.

Darío Parnasos acertó plenamente.

No tardó en dejarse ver el artefacto volador.

El millonario griego se extrañó del hecho, porque no era nada frecuente que un helicóptero sobrevolara el islote, pero aún se extrañó mucho más cuando vio que el aparato descendía, posándose suavemente sobre la amplia explanada que había frente a la casa.

Del pequeño helicóptero, un «Cessna-Shyhook», descendió un hombre joven, bien vestido, con una bolsa de cuero colgada a la espalda.

El hombre que había descendido del helicóptero corrió inclinado hacia donde se encontraba sentado Darío Parnasos.

Casi al instante, el aparato se elevó y empezó a alejarse del lugar.

El millonario griego, desconcertado, miraba con ojos agrandados al hombre que se le acercaba.

Cuando éste se hallaba a unos diez pasos del propietario de la isla del Canguro, dos individuos, armados con sendas metralletas, hicieron su aparición, encañonando al recién llegado.

Uno de ellos advirtió:

—¡Quieto ahí o lo dejamos como un colador!

Capítulo III

RED Felton se quedó quieto.

Alzó los brazos, sonrió y dijo, mirando al millonario griego:

—Tranquile a sus muchachos, señor Parnasos. Esos juguetitos que manejan podrían dispararse y fastidiarme el fin de semana.

Darío Parnasos, repuesto un poco de la sorpresa que le había producido la inesperada aparición de Red Felton, se puso en pie bruscamente y, con el ceño fruncido, gruñó:

—¿Quién diablos es usted?

—Red Felton, para servirle.

El griego, sin mirar a los tipos de las metralletas, ordenó:

—¡Hagman, Bentley, registradle!

—No llevo armas, señor Parnasos, si es eso lo que le preocupa —dijo el agente de la C.I.A.

Darío Parnasos no hizo caso de las palabras de Red Felton.

Al mismo tiempo que los dos sujetos armados se acercaban al agente, otros tres individuos se dejaron ver por distintos puntos, igualmente provistos de metralletas prestas a disparar.

Al verlos aparecer, Red preguntó irónicamente:

—¿Hay guerra en la isla, señor Parnasos?

El millonario apretó las mandíbulas, pero no respondió.

Los dos sujetos de antes ya estaban cacheando a Red Felton.

También registraron su bolsa de cuero, de la cual sacaron una cámara fotográfica, un pequeño magnetófono y otros varios objetos personales más reducidos.

—No va armado, señor Parnasos —dijo uno de los tipos, mientras colocaba de nuevo en la bolsa los objetos sacados.

—¿A qué ha venido, Felton? —interrogó el millonario, sin abandonar su ceñuda expresión.

—Soy periodista, señor Parnasos —empezó a mentir Red—. Trabajo para *El Noticiero de Georgia*, un diario que se edita en Atlanta. ¿Ha oído hablar de él?

Darío Parnasos estudió con atención a Red.

Hubo una breve pausa.

—Hagman, quédate por aquí cerca —ordenó Darío Parnasos—. Los

demás, regresad a vuestros puestos.

El llamado Hagman se situó a una prudente distancia del propietario del islote, con la mirada fija en Red Felton, pero sin apuntarle con el arma.

Los otros cuatro individuos se perdieron de vista.

—Aproxímese, Felton —indicó el griego, con voz autoritaria.

El agente lo hizo.

Darío Parnasos ocupó de nuevo su silla extensible.

Red Felton se sentó en otra que había cerca de la del millonario. Sacó un paquete de cigarrillos y se lo tendió al griego.

—¿Le apetece, señor Parnasos?

—No —gruñó éste.

—¿Le molesta que fume yo?

—No —volvió a gruñir el griego.

—Gracias —dijo Red, encendiendo un pitillo. Luego, explicó—: He venido a hacerle una entrevista, para mi periódico, señor Parnasos.

La respuesta del millonario fue categórica:

—No concedo entrevistas a nadie.

—Escuche, señor Parnasos...

El griego le cortó con un ademán expresivo.

—Ahórrese la molestia de intentar convencerme, Felton. No lo conseguirá.

—Pero...

—Mi vida privada no le importa a nadie. Además, sépalo de una vez, aborrezco a los periodistas, desde hace muchos años. Todos son unos embusteros. Les dices una cosa y luego ellos la cuentan de forma muy distinta, buscando siempre el sensacionalismo.

—Admito que algunos hacen eso que usted dice, pero no me parece justo que nos juzgue a todos del mismo modo...

Sobrevino una pausa.

Darío Parnasos y Red Felton se miraban sin un pestañeo.

El agente adquirió una expresión bondadosa e inquirió:

—¿Es su última palabra, señor Parnasos?

—Desde luego. Lo siento por usted, pero no habrá entrevista.

—Entonces, habrá despido... —suspiró melancólicamente Red.

—¿Cómo?

—Usted era mi última oportunidad... —explicó Red, sonriendo tristemente—. No soy un buen periodista, ¿sabe usted? Ni siquiera regular... En *El Noticiero de Georgia* están de mí hasta las narices. Con decirle que el director me llama Red *el Torpón*...

—¿Acaso tengo yo la culpa de que no sea usted un buen periodista? —gruñó el millonario griego.

—Por supuesto que no, señor Parnasos. Pero si me concediera usted la entrevista, me convertiría de golpe y porrazo en el reportero más codiciado de toda Georgia.

—Le repito que no habrá entrevista, Felton.

El agente suspiró, descorazonado.

—Eso fue lo que predijo el director de mi periódico...

—¿De veras? —inquirió el millonario, entrecerrando un ojo.

—Sí... Y también mis compañeros de trabajo... Todos se rieron de mí, cuando les dije que pensaba venir a la isla del Canguro para hacerle una entrevista a usted. Me aseguraron que saldría a patadas de la isla...

—Conque a patadas, ¿eh? —masculló el griego, con un centelleo en las pupilas.

—Pero yo no les hice caso, ya lo ha visto usted. Tomé el avión en Atlanta y me vine a las Bermudas. En Hamilton alquilé el helicóptero que me ha traído hasta su isla, lo cual, por cierto, me ha costado un ojo de la cara.

Red Felton, tras su sarta de mentiras, se quedó mirando al millonario griego, con una expresión capaz de enternecer a una roca.

Darío Parnasos daba la impresión de estar reflexionando.

Red no quiso interrumpirle. Se mantuvo en silencio, con el mismo gesto de antes, porque tenía el convencimiento de que su plan empezaba a funcionar.

De pronto, el propietario de la isla del Canguro se destapó.

—Me gusta llevarle la contraria a la gente. Y en este caso concreto, voy a llevársela al director de su periódico y a sus compañeros de trabajo.

Red Felton parpadeó muy deprisa.

—¿Quiere decir que...?

Darío Parnasos cabeceó afirmativamente y aseguro:

—Habrá entrevista, Felton.

El rostro de Red Felton reflejó una gran alegría.

—No sé cómo agradeceréelo, señor Parnasos...

—Yo sí, Felton: poniendo en la entrevista solamente lo que yo le cuente, sin añadir nada inventado por usted.

—¡Se lo prometo!

—Si agrega algo, y no resulta de mi agrado, enviaré a Atlanta a dos de mis muchachos para que le den una generosa pasada de metralleta —bromeó el griego.

—¡No!... ¡Más metralletas, no!... —repuso sonriendo Red—. Con las del recibimiento he tenido suficiente.

Darío Parnasos lanzó una carcajada.

—Disculpe eso, Felton. Pero un millonario debe estar bien protegido,

especialmente si se halla en una isla solitaria. Tengo mucho dinero en la casa, así como joyas, cuadros, esculturas y muchas otras cosas de alto valor.

—Sí, eso es cierto.

—Por ese motivo dispongo de unos cuantos hombres decididos, expertos en la lucha y en el manejo de las armas, los cuales cuidan día y noche de la isla.

—No lo dudo, señor Parnasos. Y realmente, apruebo sus medidas de precaución, por cuanto las estimo muy necesarias.

El dueño de la isla sonrió y dijo:

—Bien, me tiene a su disposición, Felton. ¿Cuándo quiere comenzar a preguntarme cosas?

El agente de la C.I.A. se pellizcó un lóbulo y repuso:

—Verá, señor Parnasos, dado que tengo intención de hacer un gran reportaje, creo que lo mejor será no actuar con precipitación. Si a usted no le parece mal, me gustaría emplear el resto del día conociendo la isla y tomando fotografías de los parajes más interesantes. Mañana tendrán lugar las preguntas.

—De acuerdo, Felton. Como mañana ya nos conoceremos un poco mejor, la entrevista resultará más cordial y agradable. ¿Cuándo desea empezar a recorrer la isla?

—Ahora mismo, si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno, desde luego.

—Pues manos a la obra —dijo Red, poniéndose en pie.

El millonario griego también lo hizo, diciendo:

—Le aconsejo que se desprenda de la chaqueta, Felton. Realizará su tarea más cómodamente sin ella.

—Sí, es una gran idea. El calor ya se deja sentir... —comentó el agente, quitándosela. Luego se desabrochó el cuello de la camisa, se aflojó la corbata y sacó de la bolsa de cuero la cámara fotográfica. Dejó la bolsa sobre la silla extensible, junto con la chaqueta, y dijo—: ¿No les molesta que deje mis cosas aquí, señor Parnasos? De momento, sólo necesito la máquina de fotografiar...

—Por supuesto que no, Felton —contestó Darío Parnasos, al mismo tiempo que le hacía una indicación al tipo de la metralleta.

Cuando éste se aproximó, el millonario griego ordenó:

—Hagman, acompaña al periodista. Va a recorrer la isla para tomar algunas fotografías. Y muéstrate amable con él, porque es mi invitado.

—Sí, señor Parnasos —asintió el llamado Hagman, pero mirando a Red Felton con hosca expresión.

El griego esperó a que Red Felton y Hagman se alejaran.

Después, endureció el gesto y voceó:

—¡Bentley!

El segundo de los tipos que registraron al agente de la C.I.A. no tardó en aparecer corriendo.

—¿Llamaba, señor Parnasos?

—¿Dónde está Walter Albertson? —rugió el millonario.

—En el embarcadero, revisando el motor de la lancha. Últimamente, viene fallando.

—¡Corre y dile que venga aquí inmediatamente!

Bentley salió disparado en busca de Walter Albertson, el brazo derecho de Darío Parnasos.

Este registró los bolsillos de la chaqueta de Red Felton, pero no encontró nada de particular.

También echó una ojeada a los objetos personales que contenía la bolsa de cuero del agente, con el mismo resultado.

Poco después, Walter Albertson se presentaba ante él.

Darío Parnasos le puso al corriente de la conversación mantenida con Red Felton.

Walter Albertson era un tipo alto, musculoso, de rasgos duros como el granito, bordeando los treinta y cinco años. Tenía las cejas muy pobladas y separadas, la nariz larga y afilada, el mentón pronunciado. Un exagerado mostacho le cubría prácticamente la raja bucal.

—¿Qué opinas del asunto, Albertson? —quiso saber el griego.

—No me gusta nada, señor Parnasos.

—¿Crees que Red Felton miente?

—Puede que sí o puede que no. En cualquier caso, la presencia de ese sujeto en la isla es motivo de preocupación. ¿Por qué le ha permitido quedarse?

—El helicóptero que lo trajo se largó tan pronto como Felton puso los pies en tierra...

—Nosotros contamos con medios suficientes para llevarle a Hamilton.

—Sí, lo sé. Y ésa era, en principio, mi intención: sacarlo de la isla cuanto antes. Sin embargo, hablando con Red Felton, me di cuenta de que es un tipo inteligente, a pesar de que él confiesa ser un periodista muy torpe... Eso me puso en guardia.

—¿Y qué haremos? —preguntó Walter Albertson.

—Hay que vigilarle constantemente, pero procurando que él no lo advierta. Si de verdad es un periodista, no hará nada sospechoso. Si no lo es, intentará algo. Y si lo intenta...

—Nosotros le rellenamos el cuerpo de plomo.

Darío Parnasos sacudió la cabezota.

—Nada de plomo, Albertson. Si Red Felton no es un empleado de *El*

Noticiero de Georgia, quiero apresarle vivo.

—Para que cante, ¿eh? —sonrió Walter Albertson.

—Exacto —sonrió el millonario griego.

—Y cuando haya cantado...

Darío Parnasos sentenció:

—Plomo con él, y pasto para los peces.

Capítulo IV

—UN momento, Hagman. Este paraje me gusta —dijo Red Felton, llevándose la cámara fotográfica a la cara

Hagman se detuvo con expresión adusta, torció los labios hacia la izquierda y soltó un salivazo, que deshojó por completo la flor de un geranio.

—¿Por qué no dejas de portarte como si yo fuera tu suegra, Hagman? —dijo Red.

—Porque no me gustas, Felton.

—Lo contrario sería ciertamente sospechoso, muchacho... —sonrió irónicamente Red.

Los ojos de Hagman destellaron.

—No bromees conmigo o te pesará, periodista —amenazó fríamente.

—Tranquilo, Hagman. Recuerda que Darío Parnasos te ha pedido que seas amable con su invitado...

—Lo cual no impedirá que te deje sin dientes de un puñetazo, si continuas metiéndote conmigo.

—Haya paz en la isla del Canguro —bromeó Red, alzando una mano.

—¿Vamos a quedarnos aquí todo el día, Felton? —masculló Hagman.

—Por descontado que no, chico. Sigamos, sigamos...

Los dos se pusieron en marcha, reemprendiendo el recorrido por la isla.

De cuando en cuando, Red accionaba el disparador de la máquina, tomando fotografías de los paisajes más interesantes.

De pronto, al salir a un claro, Red Felton se encontró ante una pista de asfalto, al final de la cual, en el interior de un hangar, se veía una avioneta ligera, de tipo deportivo.

A pesar de la distancia, el agente supo ver que se trataba de una «Pipper-Cherokee».

—De Darío Parnasos, ¿eh? —comentó, mirándola coa atención.

—No te importa.

—Qué amable respuesta...

—Sigamos caminando.

—Okay, simpático.

Cruzaron la pista de aterrizaje.

Poco después, el agente descubriría el embarcadero.

Estaba en plena playa, custodiado por dos tipos armados con metralletas, arma que parecía ser la favorita entre los hombres al servicio del millonario griego.

Una larga hilera de tablones, sostenidos por varios postes clavados en el agua, conducían al lugar en donde se hallaba la lancha, una motora pequeña, que se encontraba sujeta por una cuerda a uno de los postes situados al final del embarcadero.

Sin embargo, lo que realmente llamó la atención del agente de la C.I.A. fue el hermoso yate que se hallaba anclado mar adentro, a unos doscientos metros del embarcadero.

Red lanzó un silbido de admiración y comentó:

—Otro capricho de Darío Parnasos, ¿eh, Hagman?

—Puede permitirse todos los que quiera.

—A la vista está...

—Continuemos.

—Espera, Hagman —dijo Red, cogiéndolo por un brazo—. Me gustaría subir al yate de Parnasos. ¿Puede ser?

—No.

—¿Por qué?

—Darío Parnasos te autorizó a recorrer la isla, no a subir al yate.

Red Felton se quedó mirando con fijeza a su acompañante.

—¿Sabes una cosa, Hagman?

—¿Qué?

—Eres más antipático que una úlcera de estómago.

—No me pagan para ser simpático.

—Cuando regresemos a la casa, me quejaré a Darío Parnasos por tu falta de atenciones conmigo.

—Me importa un bledo cocido lo que puedas decirle a Parnasos.

El agente y Hagman reemprendieron la marcha, pero ahora caminando a lo largo de la playa.

Minutos más tarde, Red Felton exclamaba, estupefacto:

—¡Por las barbas de Sócrates...! ¿Qué es aquello, Hagman...?

—El mejor trozo de playa de la isla.

—¡Al cuerno el trozo de playa...! ¡Yo me refiero a las seis mujeres que están tumbadas sobre la arena!

—Son las chicas de Darío Parnasos.

—¡Qué seis prodigios! —exclamó Red, empezando a comprender por qué Cornel Playton le había puesto a prueba con la pelirroja del bikini azul y con la morena de los velos.

—Olvídate de las chicas, Felton.

—¿Qué quieres decir...?

—Está muy claro, periodista: que las verás, pero no las catarás.

—Te apuesto a que sí, Hagman.

—No seas ridículo, Felton. Sigamos adelante.

—Seguirás con tu abuela.

—¿Cómo...? —gruñó Hagman, volviéndose hacia Red.

Pero éste ya corría como una flecha hacia donde se encontraban las chicas de Darío Parnasos.

—¡Quieto o disparo, Felton! —graznó Hagman, rojo de ira.

Red no hizo caso, porque sabía que Hagman no se atrevería a ametrallarle.

—¡Alto, Felton! —ladró Hagman, echando a correr en pos del agente, quien ya le llevaba una considerable ventaja.

Las bañistas, al oír los gritos, miraron hacia el lugar de donde éstos procedían. Cuando descubrieron al apuesto joven que se les acercaba velozmente, se quedaron boquiabiertas.

Segundos después, Red se dejaba caer de rodillas junto a ellas, con la mejor de sus sonrisas en los labios.

—¿Qué tal, chicas...? Disfrutando del magnífico día, ¿eh?

Ninguna fue capaz de responder.

El agente se presentó:

—Soy Red Felton, guapas; periodista de profesión. Acabo de llegar a la isla, y permaneceré en ella un par de días, invitado por Darío Parnasos. ¿Qué os parece si los aprovechamos al máximo, preciosas?

La francesa Brigitte fue la primera en reaccionar. Sonriendo pícaramente, dijo:

—Por nosotras no hay inconveniente, ¿verdad, chicas?

—Ninguno, desde luego —manifestó la griega Cristina.

—Creo que pueden ser un par de días muy interesantes... —añadió la italiana Silvana, comiéndose al agente con los ojos.

Esto era, ni más ni menos, lo que estaban haciendo todas.

Red Felton, que estaba deseando dejarse comer por aquellas seis preciosidades, dijo:

—Tengo un pequeño problema, nenas.

—¿Cuál? —inquirió Manuela, la paisana de Pancho Villa.

—Ese tipo que viene corriendo —respondió el agente, apuntando con el pulgar diestro, por encima del hombro, a Hagman—. No conozco el motivo, pero no quiere que me quede un rato aquí, con vosotras.

Las chicas cambiaron una mirada.

Después, la canadiense Marilyn dijo:

—No te preocupes, Red. Nosotras nos ocuparemos de él.

—¿Listas, chicas? —preguntó María, la mulata nacida en el Brasil.

Sus compañeras cabecearon en sentido afirmativo.

Hagman ya estaba muy cerca...

Hagman llegó...

Hagman empezó a recibir un aluvión de arena...

Las seis chicas de Parnasos, utilizando sus manos como si fueran palas, no cesaban de tirársela al cuerpo y a la cara.

Hagman empezó a mascullar maldiciones mientras, con los ojos cerrados apretadamente, y escupiendo arena, daba media vuelta y se alejaba todo lo deprisa que podía.

Las seis féminas se mondaban de risa.

También Red Felton reía, divertido.

—¡Te has librado de Hagman, por el momento, Red! —exclamó Brigitte.

—¡Habéis estado estupendas, chicas! —dijo el agente, rodeando con sus brazos los hombros de Silvana y Cristina, que eran las que tenía más cerca.

—Nos gusta ayudar a los chicos apuestos... —manifestó Marilyn, sonriendo descaradamente.

—Sois un encanto, preciosas —dijo Felton—. ¿Estáis todas aquí, o todavía quedan más?

—Tienes ante ti a todo el censo femenino de la isla del Canguro, Red —respondió con atrevimiento la azteca.

—¿Cómo te llamas tú, guapa? —le preguntó el agente.

—Manuela...

—Pues deja de mirarme así, Manuela, o empezará a dolerme la muela.

La broma de Red Felton hizo reír a las chicas.

El agente siguió conversando animadamente con ellas hasta que oyó relinchar a Hagman:

—¡Felton!

Red giró la cabeza.

—¿Qué ocurre, Hagman...?

Este, que se hallaba prudentemente situado a unos treinta metros del grupo que formaban Red y las bañistas, mugió:

—¡Deja de manosear a las chicas, y regresa aquí inmediatamente!

—No le hagas caso, Red... —rogó Silvana, pegándose al agente, sin recato alguno.

—Quédate con nosotras... —pidió Cristina, imitando la acción de la italiana.

Hagman rebuznó:

—¡Si no obedeces, te machacaré los huesos, periodista!

—¡Ya voy, so gruñón! —respondió el agente. Después, encarándose con la media docena de bikinis, dijo—: Volveré enseguida, chicas, no

temáis. Me procuraré un bañador, y nadaremos juntos.

Red les hizo un guiño, y se puso en pie, empezando a caminar hacia donde se encontraba Hagman.

Este tenía aún los ojos llorosos y enrojecidos, y el pelo desordenado, a fuerza de sacudirse la arena acumulada.

Cuando tuvo a Red Felton a su alcance, hizo ademán de soltarle un puñetazo.

El agente brincó hacia atrás, diciendo:

—Quieto, Hagman, que lo de la arena no fue idea mía. Si tampoco les caes bien a las chicas de Parnasos, yo no tengo la culpa.

—¡Si no te hubieras acercado a ellas...!

—Quería conocerlas personalmente —le interrumpió Red—. Vistas de cerca, como los buenos cuadros, se aprecian mejor.

Cuando un poco más tarde llegaron a la casa, el agente descubrió al millonario griego en el mismo sitio de antes, pero ahora acompañado por el bigotudo Albertson.

Red y Hagman caminaron hacia ellos.

—Ya estamos de vuelta, señor Parnasos —dijo el agente, sonriendo.

—¿Cómo ha ido el paseo, Felton? —se interesó amablemente el propietario de la isla.

—De primera. Tengo unas fotografías que valen una fortuna. Son realmente maravillosos los paisajes de su isla.

—Me alegro de que haya aprovechado bien la mañana. Este es Walter Albertson, mi hombre de confianza. La seguridad de la isla está a su cargo. Y la mía también, por supuesto.

—¿Qué tal está, Felton? —dijo el brazo derecho de Parnasos, tendiendo la diestra a Red.

Este se la estrechó, respondiendo:

—Me alegro de conocerle, Albertson. Y le felicito.

—¿Por qué?

—Con las medidas adoptadas por usted, el señor Parnasos puede dormir tranquilo. La seguridad de la isla es absoluta.

—Gracias, muy amable.

El millonario intervino:

—¿Cómo se ha portado el guía, Felton?

Red miró al de la metralleta, quien permanecía con el gesto avinagrado, y respondió:

—Hagman es el colmo de la amabilidad, señor Parnasos. Hemos congeniado tan bien, que nuestro afecto es mutuo y sincero, ¿verdad, Hagman?

Este hubiera querido saltar sobre Red Felton y comérselo a dentelladas, pero continuó quieto, con su agria expresión.

—Buen chico este Hagman, sí, señor... —agregó Red, dándole una cariñosa palmada en la nuca—. Sólo en una cosa me ha llevado la contraria.

—¿En qué? —preguntó el griego.

—Cuando pasamos por la zona donde se halla el embarcadero, divisé su hermoso yate, señor. Parnasos. Le pedí que me llevara hasta él, para admirarlo de cerca y tomar algunas fotos para el reportaje, pero Hagman se negó, alegando que usted no me había dado autorización para subir al yate.

Darío Parnasos y Walter Albertson cambiaron una mirada fugaz.

A pesar de ello, a Red no le pasó inadvertida.

El millonario griego carraspeó ligeramente, y forzó una sonrisa.

—¿De veras le interesa tomar algunas fotografías de mi yate?

—Bueno, la verdad es que tampoco me parece imprescindible. Lo verdaderamente importante para mi reportaje es usted, señor Parnasos. Y la isla, claro. Es frecuente que un millonario posea un yate, pero ya no tanto que sea propietario de una isla...

Las palabras de Red Felton parecieron tranquilizar un poco a Darío Parnasos.

El agente de la C.I.A. creyó oportuno cambiar el rumbo de la conversación:

—Por cierto, señor Parnasos, he conocido a sus chicas...

—¿De veras?

—Estaban en la playa. Son la mar de simpáticas.

—Sí, son muy tratables... —convino, con ironía, el griego.

—Me han invitado a bañarme con ellas. Lo malo es que no dispongo de bañador...

—Bueno, por eso no se preocupe, Felton. Albertson le prestará uno de los suyos.

—Cuánto se lo agradecería... —dijo Red, mirando al rudo hombre de confianza del millonario griego.

—Eso está hecho, Felton —asintió Walter Albertson, procurando mostrarse amable, aunque su dura mirada le traicionaba—. Venga conmigo, y, al mismo tiempo, le indicaré cuál es su habitación.

Red Felton se apoderó de su chaqueta y de su bolsa de cuero.

Acompañado por el bigotudo, se introdujo por vez primera en la lujosa casa del millonario griego, mientras éste se quedaba hablando con Hagman.

* * *

Red Felton se hallaba tumbado en la cama de su habitación,

consumiendo un cigarrillo, mientras recordaba todo lo acontecido desde su llegada a la isla del Canguro.

No podía quejarse de lo conseguido en sólo un día de estancia en el islote del millonario.

Conocía la isla metro a metro...

Conocía la casa palmo a palmo...

Conocía a las chicas de Parnasos pulgada a pulgada...

Sin embargo, ni rastro de la hija de Terence Walcot.

¿Dónde la tendrían escondida?

Red apostó consigo mismo cinco a uno: en el yate.

Era el único sitio donde no le habían dejado poner los pies.

Pero los pondría, vaya si los pondría...

Consultó su reloj: las dos de la madrugada.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesilla de noche, y saltó silenciosamente de la cama.

No tuvo necesidad de vestirse, porque ya lo estaba.

Se aproximó a la ventana, y asomó la cabeza por el hueco.

Daba a la parte trasera de la casa, zona escasamente iluminada.

No descubrió a nadie por abajo. Con gran cautela, salió por la ventana. Como la habitación que le habían destinado se encontraba en la primera planta, tuvo que deslizarse como un chimpancé hasta tocar el suelo.

Entonces, con sus ojos de lince, escudriñó los alrededores.

Cuando se aseguró de que no había metralletas a la vista, corrió inclinado hasta adentrarse en la espesura.

Avanzó sigilosamente entre las palmeras hasta llegar a la parte de la isla en donde se encontraba el embarcadero.

Como por la mañana, éste se hallaba vigilado por dos sujetos armados. La lancha continuaba amarrada a un poste, al final de la hilera de tablones. El yate, anclado en el mismo punto.

Red se desvistió, conservando sólo el bañador que le prestara Walter Albertson. Se acostó en el suelo y empezó a arrastrarse hacia la playa, con mucha precaución.

Nadó como un pez en dirección al yate, sacando la cabeza sólo el tiempo justo para llevar aire a sus pulmones.

Cuando alcanzó el yate, trepó a él por una escalerilla metálica que había en el costado de estribor, y asomó la cabeza con sigilo.

Descubrió a dos individuos situados en la popa, hablando entre ellos. Afortunadamente, le daban la espalda.

Red Felton se dejó caer sobre la cubierta del yate, y avanzó agazapado hacia la proa.

Allí encontró una escotilla abierta, y por ella descendió

cautelosamente a un corredor medianamente iluminado.

Había cuatro puertas, dos a cada lado.

Al agente de la C.I.A. le llamó la atención la segunda de la derecha, porque sobre la hoja de madera, pendiendo de un clavo, había una llave.

Red se apoderó de ella y la introdujo silenciosamente en la cerradura, haciéndola girar a continuación, con mucho cuidado.

Después, empujó poco a poco la puerta.

Comunicaba con un cómodo camarote, iluminado por una luz débil, pero suficiente para que Rea Felton descubriera a la chica que se hallaba tendida en la única litera, durmiendo.

El agente la reconoció al instante.

Era Doris, la hija de Terence Walcot.

Capítulo V

EL agente penetró en el camarote, cerrando la puerta.

Se acercó a la litera, y contempló tranquilamente a la muchacha.

Al fijarse en su minifalda, pensó: «Qué piernas...»

Al fijarse en su blusa, murmuró:

—Qué ajustadita...

Cuando, al fin, examinó su rostro, dijo quedamente:

—Mucho más bonito que en la fotografía, sin lugar a dudas...

Quizá no lo dijo tan quedamente como quería.

O puede que fuera casualidad.

En cualquier caso, la realidad era que Doris Walcot acababa de abrir los ojos, y que éstos estaban fijos en la cara del agente.

Doris Walcot abrió la boca.

Doris Walcot quiso gritar.

Doris Walcot no dijo ni pío.

Los labios de Red Felton, pegados a los suyos, se lo impidieron.

La acción del agente fue tan rápida, que la bella pelirroja casi no se enteró de que la estaban besando, sin permiso alguno.

Por eso permaneció quieta, abandonada, sin acertar a reaccionar.

Cuando Red le dejó la boca libre, la expresión de la muchacha era de un total y absoluto desconcierto, de completa turbación.

Antes de que ella dijera algo, el agente se le anticipó:

—Soy un amigo, señorita Walcot. No tiene nada que temer de mí.

Doris Walcot se llevó una mano a la boca, y se rozó los temblorosos labios.

—Me ha... me ha besado —balbució perpleja.

—Sí, la he besado —sonrió Red.

—En los labios...

—Los besos en la frente ya han pasado de moda, señorita Walcot.

—Qué atrevimiento... —murmuró, ruborizándose intensamente.

—Tenía que evitar que gritara, y delatase mi presencia en el yate a los guardianes. Por eso le cubrí la boca en el instante preciso.

—Podía habérmela cubierto con una mano...

—Ni hablar —repuso Red, moviendo la cabeza.

—¿Por qué?

—La última vez que le cubrí la boca con la mano a una chica, casi perdí el dedo índice.

Doris Walcot pestañeó.

—¿Quiere decir que le mordió...?

—Con unas ganas terribles —cabeceó, asintiendo, el agente.

—Pues tapar las bocas a besos también se me antoja arriesgado.

—Ah, eso depende. Si se hace a lo bestia, se expone uno a que le arañen la cara o le pongan perdidas las espinillas a puntapiés, pero si se hace con suavidad, con delicadeza, como diciendo: «Aquí me tienes, preciosa, dispuesto a partirme el pecho por ti», entonces la chica coge confianza y no mete la pata. Es una teoría mía, que nunca falla.

Los ojos de la pelirroja tuvieron un destello. Quedó sentada en la litera y dijo:

—Un entendido en materia femenina, ¿eh?

—Red Felton, licenciado en Mujerología.

—En Frescología, diría yo.

—Tampoco se me da mal esa ciencia, no crea.

—¿Presuntuoso...?

—No, se lo aseguro. Bromista, simplemente.

—Pues su beso no me pareció ninguna broma...

—A una chica no se la debe besar nunca en broma. Eso sería un fraude.

—Usted es un caradura, Felton.

—Por parte de padre.

—¿Su padre también es un caradura...?

—Lo fue hasta que conoció a la santa de mi madre.

—Ella logró reformarlo, ¿eh?

—No, pero se lo cargó de un botellazo en la nuca. Ahí se acabaron las travesuras del caradura de mi padre.

Doris Walcot esbozó una sonrisa.

—Otra broma, ¿no?

—Sí, claro. La verdad es que mis padres viven en California, y son muy felices. Un día de éstos pienso llevarles a mi esposa para que la conozcan. Sé que les alegrará mucho.

Ella arrugó el ceño.

—Cómo, ¿está usted casado...?

—Ah, no; pero pronto lo estaré.

—Entonces, es que tiene novia...

—Ca, tampoco; pero pronto la tendré. Pienso poner un anuncio en los periódicos, insertando mi fotografía y mi domicilio, que diga algo así: «Chico apuesto —vean la foto— busca chica agraciada para contraer matrimonio cuanto antes. Interesadas personarse en la dirección

indicada.» Después, entre las cuarenta mil que se presenten, escojo a la que más que guste, y listo.

La muchacha soltó una risita.

—¿Sólo cuarenta mil?

—Bueno, ya sé que se presentarán muchas más, pero uno es modesto...

—Está usted como una regadera, Felton.

—Pero resulto simpático, ¿a que sí?

—Debo admitirlo...

—Gracias.

Doris Walcot dejó de sonreír.

—Oiga, Felton, ¿ha venido usted a rescatarme?

—En efecto.

—¿Va a llevarme junto a mi padre? — preguntó la muchacha, con voz emocionada.

—Debo confesarle, porque quiero ser sincero con usted, que en un principio no estaba dispuesto a hacerlo. Quería quedarme con usted.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Puedo saber por qué? —inquirió la pelirroja, alterando el ritmo de su respiración, visiblemente contrariada.

Red la midió de pies a cabeza, y sonrió.

—No me haga preguntas infantiles, señorita Walcot. ¿Acaso no le han dicho nunca que está usted como un reactor?

—No suelo recibir requiebros tan poco finos... —replicó ella, fingiéndose molesta, porque interiormente sentíase halagada.

—Por culpa de los millones.

—¿Qué?

—Sí, señorita Walcot. La fortuna de su padre pesa mucho en ese aspecto. No se le pueden decir a la hija de un millonario las mismas cosas que a otra chica cualquiera...

—Suponiendo que sea así, cosa harto discutible, parece que a usted le tiene sin cuidado esa norma.

—Totalmente sin cuidado. Para mí, una chica bonita es una chica bonita, con millones o sin millones.

—En tal caso... ¿por qué cambió de idea?

—¿Sobre qué?

—En un principio estaba dispuesto a quedarse conmigo, ¿recuerda? —sonrió con ironía Doris Walcot.

—Ah, se refiere a eso... Pues bien, se lo voy a decir: no quiero que me llamen un cazadotes.

—Vaya...

—Claro, que si usted se empeña...

—Entiendo. Si yo le suplicase que se casara conmigo, usted haría de tripas corazón y aceptaría, a pesar de los millones de mi padre, ¿eh? —ironizó ella.

—Efectivamente. No sé decirle que no a una muchacha bonita. La hija de Terence Walcot sonrió abiertamente.

—Creo que caradura es poco, Felton.

—Pues dígame algo más fuerte. No me ofenderé, se lo aseguro.

—En otro momento. Primero, quiero que me saque de aquí.

—Todo se andará, señorita Walcot. Mi trabajo, por esta noche, consistía en encontrarla.

—Eso ya lo ha conseguido. Por lo tanto, podemos irnos cuando quiera.

—No es tan sencillo, señorita Walcot. Aún tengo que estudiar un plan que me permita sacarla de la isla del Canguro.

Doris Walcot abrió la boca.

—¿La isla de qué...?

—Del Canguro. Así se llama el islote donde la tienen secuestrada.

—¿De veras estoy en una isla?

—Sí. ¿No lo sabía?

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de dónde me encuentro. Sólo recuerdo que alguien me asaltó por detrás, me cubrió la boca y la nariz con un pañuelo que olía fuertemente a cloroformo, y perdí en el acto la noción de las cosas. Cuando me recobré, me encontré en este camarote.

El agente de la C.I.A. se acarició el mentón y murmuró:

—Eso me tranquiliza, señorita Walcot.

—¿Por qué?

—Significa que piensan entregarla sana y salva, cuando su padre abone el millón de dólares que le piden por su rescate.

—¿Tanto?... —se sorprendió la muchacha.

—Usted los vale, señorita Walcot.

—Ese piropo es más delicado que el del reactor... —sonrió ella pícaramente.

—A veces, hago una excepción y resulto un tipo refinado.

—Entonces... ¿quién es usted? ¿Cómo ha dado conmigo?

Red Felton se lo explicó con detalle.

Cuando acabó el relato, Doris Walcot le miraba con admiración.

—Un agente de la C.I.A.

—Qué interesante...

—Bueno, no soy un Rock Hudson o un Roger Moore, pero sí, es verdad que resulto un tipo interesante...

—Es usted incorregible, Felton... —sonrió Doris Walcot.

—Estoy dispuesto a dejarme corregir. Y si es por una pelirroja de veintidós años, mejor que mejor.

Ella se mordió la punta de la lengua y repuso:

—Lo pensaré.

—De acuerdo. Ahora, debo irme. Si todo sale bien, mañana por la noche vendré a sacarla de aquí.

Los ojos de la muchacha emitieron un destello de preocupación.

—Cuídese mucho, Felton...

—No se preocupe, señorita Walcot; siempre lo hago.

—Confío en usted...

—Hace muy bien.

—¿Es que no puede hablar ni un momento en serio? —se molestó Doris Walcot.

Red le acercó la cara.

—Estoy dispuesto a tratar con seriedad todos los asuntos que usted quiera, señorita Walcot.

—¿Por ejemplo...? —sonrió ella, olvidándose del enfado.

—Darle un beso.

—Si lo hace, le muerdo un ojo.

—Me dejaría tuerto...

—Seguro.

—¿No le apetece más una orejita...? Las tengo tiernas y limpias, porque me las lavo todos los días.

—Me quedo con lo del ojo.

—Antes la besé, y no me mordió nada...

—Porque su excusa me pareció convincente: quiso evitar que gritara. Sin embargo, ahora no hay motivo para el beso.

—Se equivoca, sí lo hay.

—¿Cuál?

—Si no la beso, no podré dormir.

—Tómese un sedante.

—No me producen efecto.

—¡Qué casualidad!

—Qué falta de comprensión, diría yo... —suspiró Red.

—Buenas noches, Felton.

—¿Tendré mañana más suerte? Ya sabe a lo que me refiero...

—Tal vez.

Por la forma en que le sonreía la hija de Terence Walcot, Red se dijo que la cosa tenía muchas posibilidades de resolverse positivamente.

Se despidió con una sonrisa, y salió silenciosamente del camarote. Cerró con llave y dejó ésta en su sitio.

Capítulo VI

—FELTON.

El agente se despertó.

—Felton —volvieron a llamar, repitiendo los golpes en la puerta.

Red reconoció la voz de Walter Albertson.

—¿Sí...? —repuso, saltando de la cama.

—El señor Parnasos le espera para desayunar.

—Gracias; enseguida bajo.

Red oyó pasos, alejándose por el corredor.

Se duchó con prisas, se rasuró con la maquinilla eléctrica, se vistió, se colgó el magnetófono de un hombro, y salió de la habitación.

En el vestíbulo se encontró con Walter Albertson.

Este le indicó que Darío Parnasos le esperaba fuera para desayunar al aire libre.

Red Felton salió de la casa.

El millonario griego le aguardaba ante la surtida mesa, rodeado de sus chicas, tan fresquitas, todas, de ropa como la mañana anterior.

Al verle caminar hacia él, Darío Parnasos sonrió afablemente y saludó:

—Buenos días, Felton. ¿Qué tal ha dormido?

—Estupendamente, señor Parnasos. Tanto es así que, de no haberme despertado Albertson, todavía continuaría dormido como un leño.

—¿No siente rugir su estómago, Felton...?

—Un poco, sí —sonrió Red.

El griego soltó una carcajada, exclamando a continuación:

—¡El mío es un león hambriento! Sugiero que nos sentemos cuanto antes, y calmemos las iras de nuestros respectivos aparatos digestivos.

Darío Parnasos y Red Felton ocuparon sendas sillas extensibles.

—¡Vamos, preciosas, que tenemos hambre! —exclamó el millonario, palmeándole la grupa a la chica que tenía más cerca, y que resultó ser la mexicana.

Manuela emitió un chillidito, y empezó a reír.

Como las otras cinco, porque cuando el griego hacía una gracia, había que reírse o éste se molestaba y la emprendía a bofetadas con las chicas.

Después del copioso desayuno, Darío Parnasos exclamó:

—¡Hale, chicas, todas a la playa! Red Felton y yo tenemos algo que hacer, y necesitamos tranquilidad.

Las seis empezaron a caminar en dirección a la playa, soltando unos caderazos antológicos.

El agente las siguió con la mirada, incapaz de resistirse a contemplar aquella serie de bandazos.

—¿Le gusta alguna en particular? —preguntó el griego.

Red sonrió:

—Más bien todas en general.

—Usted les cae simpático.

—Ellas a mí, también... Bueno, señor Parnasos, ¿qué le parece si empezamos la entrevista?

—Por mí de acuerdo, Felton.

—Magnífico. Pondré en marcha el magnetófono, y empezaré a preguntarle cosas.

—Tengo otra idea mejor.

Red, que ya se disponía a pulsar el mando de la puesta en marcha, suspendió su acción y miró al millonario griego.

—¿Otra idea...? ¿Cuál?

—Yo haré las preguntas, y usted responderá.

El agente pestañeó.

—¿Cómo? —murmuró, confundido.

—Comprendo su extrañeza, Felton —rió el griego—.

Pero sólo serán dos o tres preguntas. Quiero sentirme periodista durante un par de minutos, para saber qué tal me desenvuelvo. Le ruego que no me niegue este pequeño favor...

—Claro que no, señor Parnasos —repuso sonriendo Red—. Puede empezar a preguntarme.

—Se lo agradezco mucho; Felton —manifestó Darío Parnasos, haciendo brillar sus ojos extrañamente—. Bien, para empezar, dígame su nombre.

—Red Felton.

—Estupendo... —murmuró el griego, simulando tomar nota de la respuesta del agente en un cuaderno imaginario—. ¿Profesión...?

—Periodista —contestó Red, siguiendo el juego—. Trabajo para *El Noticiero de Georgia*, Atlanta.

Darío Parnasos chascó la lengua, y empezó a mover la desarrollada testa.

—No, no es periodista de profesión, Felton. Está usted mintiendo descaradamente. No ha hecho otra cosa desde que llegó a la isla. Pero no importa, Red Felton; conozco su verdadera profesión: agente de la

Capítulo VII

RED Felton se quedó petrificado.

Darío Parnasos elevó una mano.

Ocho hombres armados se dejaron ver, situados estratégicamente, de manera que el agente de la C.I.A. quedara en el centro de un círculo de metralletas.

De la casa, al mismo tiempo, salió Walter Albertson, empuñando su pistola automática, una «German-Luger» impresionante.

El silencio era absoluto.

Red Felton, tras dar una parsimoniosa ojeada a la red de individuos armados, comentó con ironía:

—¿Para qué este innecesario despliegue de fuerzas, Parnasos? Sigo estando tan desarmado como cuando llegué a la isla.

—Los hombres de la C.I.A. tenéis fama, una bien ganada fama, de ser harto peligrosos, Felton. Por ello, cualquier precaución me parece poca.

Red se encogió de hombros y dio un suspiro de resignación.

—No siempre se puede ganar, Parnasos.

—Yo siempre gano.

—Alguna vez perderá, no lo dude. La buena suerte no es eterna.

—Yo no confío nunca en la suerte, Felton. ¿Y sabes por qué no confío? Porque no necesito a esa caprichosa señora. Soy el director de una bien organizada banda, que toca muchas cosas.

—Me gustaría que interpretasen alguna pieza para mí, Parnasos. Mis autores favoritos son Mozart y Beethoven.

El millonario griego se echó a reír.

—Lo nuestro son los secuestros de personajes gordos. Bueno, mejor dicho, de las personas más queridas por ellos. Así resulta más sencillo todo.

—No me diga más, Parnasos. Usted es un segundo doctor Gannon, pero en gordo.

Darío Parnasos rió la réplica del agente, pero Walter Albertson endureció los músculos del rostro y masculló:

—Vas a tragarte ese insulto, Felton.

—Tú a callar, cara de brocha, que contigo no va nada —replicó Red.

Walter Albertson hizo ademán de lanzarse sobre Red Felton, pero el

griego ordenó enérgicamente:

—¡Quietos, Albertson!

Este se contuvo, pero gruñó:

—¡Déjeme que le dé una lección!

—Contigo no tendría ni para empezar, bocazas —espetó Red—. No sirves ni para asustar a los niños de pecho.

Walter Albertson se puso lívido de rabia.

De nuevo pareció que iba a golpear al agente con el cañón de su «German-Luger», pero Darío Parnasos intervino a tiempo:

—Que Red Felton se despache a gusto ahora, Albertson. Cuando me responda a unas cuantas preguntas, lo dejaré en tus manos.

—Que se las lave antes —volvió a espetar Red, mirando, socarrón, al bigotudo—. Tienen más mugre que el trasero de un gorila.

Como, ciertamente, las manos de Walter Albertson dejaban mucho que desear en cuanto a limpieza, éste volvió a congestionarse, y miró de forma iracunda al agente.

—¡Te arrepentirás de esto, Felton!

Como Walter Albertson daba la impresión de que iba a estallar de cólera de un momento a otro, Darío Parnasos le dijo:

—Aléjate, Albertson.

—¡Pero...!

—¡Obedece! —cortó el griego, en tono autoritario...

Walter Albertson dio media vuelta bruscamente y se alejó, rezongando imprecaciones. Se detuvo a la altura de los que formaban el ancho círculo alrededor de Reí Felton y desde allí miró con odio al agente de la C.I.A.

Darío Parnasos, sonriendo, dijo:

—Albertson es un hombre peligroso, Felton.

—No le tengo miedo.

—No debiste insultarle.

—Cambiamos de tema, Parnasos. ¿Cómo han logrado descubrir mi verdadera identidad?

—Fue algo muy sencillo, Felton. Yo desconfié de ti desde el primer momento. Por eso ordené que te vigilaran constantemente, pero a distancia, para que no pudieras darte cuenta. Todos tus pasos de anoche fueron seguidos por dos de mis hombres. ¿Acaso no te resultó extraño encontrar tantas facilidades para realizar tu propósito...? —sonrió el dueño de la isla.

—Sí, ahora me doy cuenta de que todo fue demasiado sencillo.

—Lo demás, ya lo debes suponer. La chica cantó todo cuanto sabía.

Red sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Por las buenas?

—No, claro que no. Ella se negaba a hablar, pero Walter Albertson se ocupó de que cambiara pronto de parecer... —explicó Darío Parnasos, sonriendo cínica mente.

Red miró fijamente al griego y con oscura voz interrogó:

—¿La golpeó?

—¡Ah! No sé lo que le haría, porque yo no me encontraba presente. Pero Doris Walcot habló hasta por los codos.

—Todo un hombrecito, ese Albertson... —comentó gravemente Red, enfocando con sus ojos al brazo derecho de Darío Parnasos.

—¿Cómo pudo enterarse la C.I.A de que la hija de Terence Walcot se hallaba en mi isla, Felton?

Red volvió a mirar al griego y contestó:

—Lo ignoro, Parnasos.

—Nosotros nunca cometemos fallos.

—Es obvio que esta vez han cometido algún pequeño descuido...

—Si es así, cosa que dudo mucho, quiero saber cuál ha sido ese pequeño descuido.

—Bien, averígüelo, si puede.

—Tú me lo vas a decir, Felton.

—Ahí se equivoca, Parnasos. Le repito que lo ignoro.

Darío Parnasos movió el cabezón:

—Walter Albertson es capaz de hacer hablar a un muerto.

—Raro privilegio...

—Te aconsejo, por tu bien, que no me obligues a ordenarle que te «trabaje» cuanto haga falta. Maneja el cuchillo como nadie.

Red sonrió, irónico:

—Ya le dije antes que no me asusta Albertson. Además, aunque le dijera lo que quiere, cosa totalmente imposible, porque no lo sé, ¿qué iba a ganar con ello? No hay que ser muy inteligente para adivinar lo que me espera, ¿verdad?

—Es mejor morir de un balazo en la sien que ser torturado por un experto en la materia.

—Puede decirle al carnicero Albertson que vaya afilando su cuchillo.

—Siempre lo tiene a punto.

—Estupendo. ¿Dónde está instalado el matadero? ¿En mi propia habitación?

—No; Albertson no puede «trabajarte» en la casa. Las chicas no están lejos; oírían tus gritos y se alarmarían.

—Entiendo. Ellas no saben nada del asunto.

—Así es. Están en la isla para complacerme, y ganarse con ello un buen puñado de billetes. Cuando me canso de unas, hago que se las lleven y me traigan otras. Si descubrieran algo, tendría que ordenar que

las matasen. Y eso no me gustaría, de veras. Segar la vida de una mujer joven y bonita me parece detestable.

—Me alegra que diga eso, Parnasos.

—¿Por qué?

—Significa que no piensa asesinar a Doris Walcot. ¿O acaso me equivoco...?

—Sí, claro que te equivocas, Felton. No entraba en mis cálculos matar a la hija de Terence Walcot, puesto que pensaba devolvérsela a éste cuando nos entregase el millón de dólares, pero eso ya no es posible.

Red Felton no pudo contenerse más y soltó:

—Es usted un canalla. Parnasos.

—Tal vez, Felton —sonrió el griego—. Pero debes tener en cuenta que mis fuentes de ingresos provienen de negocios al margen de la ley, Y cuando esto sucede, uno no puede andarse con excesivos miramientos. Los dos tenéis que morir. No tengo otra alternativa.

—Lo que debería hacer es trabajar, para ganarse honradamente lo mucho que come. Seguro que si doblara el espinazo unas cuantas horas al día, no tendría ese aspecto de cerdo.

El millonario griego empezó a congestionarse.

—Eso que has dicho, Felton...

—Es la pura verdad, Parnasos. En una feria de ganado no se quedaría usted sin premio. Y ya resulta raro que, con la afición que tiene Albertson por el cuchillo, no le haya sacado los jamones y hecho longanizas con el resto de su cuerpo.

—¡Albertson...! —berreó el millonario, con los ojos inyectados de sangre y el rostro lívido.

Walter Albertson se acercó rápidamente.

—¡Lléváoslo al yate, pronto! —ordenó el griego, temblando de ira—. ¡No puedo soportarlo un segundo más!

—¿Ha dicho lo que sabe? —masculló. Albertson.

—¡No, pero tú te encargarás de que lo escupa!

—¡Délo por hecho, señor Parnasos! —exclamó Walter Albertson, mirando aceradamente a Red—. ¡En pie, Felton!

—Sí, matarife —dijo el agente, poniéndose en pie—. Pero oye, ¿no te lo pasarías mucho mejor descuartizando a un cerdo...? Parnasos está tan cebado que...

—¡Llévatelo, Albertson...! —se desgañitó el griego, saltando de su silla extensible, con el rostro amoratado ya.

—¡Camina, Felton! —ladró el bigotudo.

El agente de la C.I.A. ya había preparado mentalmente su plan.

Era bastante improbable que le diera resultado, pero había que

intentarlo porque, una vez comenzara Albertson a despacharse a gusto con él, no tendría ninguna posibilidad de salir con vida.

Una cosa estaba clara: Darío Parnasos le quería, de momento, vivo, para hacerle hablar. Por lo tanto, no era de esperar que los de las metralletas la emprendieran a tiros con él, cuando le vieran tratando de escapar sin armas de ninguna clase.

Porque eso era precisamente lo que iba a intentar, de un momento a otro: escapar desarmado.

Por eso, cuando Walter Albertson le ordenó caminar, fingió que obedecía mansamente, con resignación, aceptando el inevitable fin que le aguardaba.

El que no sabía lo que le aguardaba era Albertson.

Lo supo sobre la marcha, es decir, cuando el codo izquierdo de Red Felton se hundió en su estómago, causándole un insufrible dolor.

Walter Albertson lanzó un aullido y se encogió con el rostro contraído y amarillento.

Red se revolvió, rápido, y le asestó un mazazo en la nuca.

Albertson cayó al suelo como una res apuntillada, y perdió su pistola.

—¡A él, muchachos...! —bramó Darío Parnasos, echando a correr para alejarse cuanto antes del agente—. ¡Cogedle vivo...!

Los ocho tipos armados avanzaron rápidamente hacia Red Felton, estrechando el cerco.

El agente también corrió, con el propósito de romper el cerco y adentrarse en la espesura, donde tendría alguna posibilidad de evadirse.

Se lanzó de cabeza contra el primer sujeto que trató de impedirle la huida, y ambos rodaron por el suelo.

Mientras el tipo se preguntaba cuántas costillas le habría fracturado el demoledor cabezazo del agente, éste se puso en pie de un salto y le soltó una patada al estómago a un individuo que ya se le echaba encima.

El tipo empezó a chillar.

Red le zurró con el puño derecho a Hagman, en plena boca.

Hagman escupió una espantosa blasfemia y un par de dientes, mientras caía de espaldas, con los labios pulverizados.

El agente de la C.I.A. aún tuvo tiempo para enviarle un rodillazo entre los muslos a Bentley y un formidable derechazo a otro individuo.

Después, alguien le golpeó duramente con el cañón de una metralleta, por detrás, en el cuello, haciéndole perder el sentido.

Capítulo VIII

CUANDO el agente de la C.I.A. abrió los ojos, se encontró en un camarote idéntico al que ocupaba Doris Walcot, pero, desde luego, no era el mismo, puesto que la litera se hallaba en el lado contrario, y la muchacha no se encontraba en él. Pero sí se encontraba Walter Albertson.

El hombre de confianza de Darío Parnasos tenía una expresión que ponía los pelos de punta.

Parecía un demente recién escapado del manicomio.

Red movió los ojos, pero no descubrió a nadie más en el camarote.

El bigotudo desenfundó su cuchillo y sonrió cavernosamente.

—Cuánto ansiaba este momento, Felton...

—Yo no, te lo aseguro —dijo Red, percatándose de, que se encontraba fuertemente atado de pies y manos a la litera, sin camisa, sin zapatos, boca arriba, sin opción alguna para evitar lo que aquel bestia de Walter Albertson se proponía hacer.

Albertson se le acercó mucho y le estudió el rostro.

—Veo gotas de sudor en tu frente, Felton...

—Bueno, admito que estoy un poco preocupado —dijo el agente, tragando saliva con dificultad.

—Es miedo, Felton —insistió Albertson—. Puro y auténtico miedo... —añadió, dejando descansar la punta de su cuchillo sobre la mejilla derecha de Red, pero sin pinchar, sólo cosquilleando la carne.

—No vamos a discutir por eso, Albertson —murmuró el agente, con los ojos bizcos a causa de la proximidad de la hoja de acero—. ¿Cómo te sentirías tú, si estuvieses en mi lugar?

Walter Albertson lanzó una macabra carcajada.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Depende de— lo que pretendas hacer —repuso Red, forzando una sonrisa, mientras tanteaba la resistencia de las cuerdas que le tenían sujeto a la litera. Era mucha; demasiada.

—¿Has oído hablar alguna vez de vivisección?

—Se llama así a la disección de los animales vivos, o sea, a dividirlos en partes para su examen, según creo...

—Exacto. No hay duda de que conoces el asunto.

—¿Quieres decir que vas a practicar la vivisección conmigo, Albertson...?

—La respuesta es sí, Felton —contestó el del mostacho, que ahora jugaba con la punta de su cuchillo en la garganta de Red.

—Trocear a una persona es inhumano...

—Pues, precisamente por eso, a mí me resulta divertido, ya ves... Y bien, basta de charla inútil, Felton. ¿Qué quieres que te seccione en primer lugar?

El corazón de Red empezó a latir con mucha fuerza.

Tensó los músculos al máximo, hasta hacerse daño.

Todo fue en vano.

Red dejó de forcejear, admitiendo la realidad; nunca lograría soltarse.

Su rostro estaba empapado de sudor, y su respiración era jadeante, anormal.

Walter Albertson dijo:

—En vista de que no respondes a mi pregunta, yo lo decidiré, Felton. Lo primero que voy a quitarte es la oreja derecha. Allá voy.

—¡Espera! —gritó Red, queriendo ganar tiempo, para ver si entretanto ocurría un milagro, y se libraba de aquella pesadilla.

—¿Qué te pasa, Felton...? ¿No te resignas a tu suerte?

—Claro que no. Diré todo lo que Darío Parnasos quiere saber. Ya puedes ir a comunicárselo.

El bigotudo empezó a carcajearse.

—¿Por qué te ríes, Albertson? Parnasos dijo que si hablaba no habría tortura, sino un balazo en la sien.

Walter Albertson dejó de reír y compuso un gesto fiero.

—Me tiene sin cuidado lo que dijera Parnasos. Tú me insultaste y me golpeaste duro. Es algo que no puedo olvidar, Felton. Necesito venganza.

Red se vio más perdido que nunca.

—¡Pero Parnasos...!

—¡Al diablo Parnasos! —le interrumpió Albertson, con los ojos llameantes—. ¡Le diré que te negaste a confesar y que me vi obligado a torturarte hasta matarte!

Walter Albertson lanzó una carcajada terrorífica.

Con la mano izquierda cogió la oreja del agente y se la estiró.

Con la derecha manejó el cuchillo y ¡zas!

—¡Ay...! —chilló Red a pleno pulmón, de forma angustiosa.

—¡Felton! —exclamó una voz femenina.

—¡Ay, ay, mi oreja...! ¡Bestia, más que bestia! —chilló el agente, tumbado boca arriba en el suelo del camarote de Doris Walcot, todavía

con los ojos cerrados, moviendo la cabeza hacia ambos lados.

La linda pelirroja, arrodillada junto a él, se la sujetó con las manos, diciendo:

—Por Dios, Felton, cálmese, estése quieto... ¿Qué es lo que le sucede?

Red abrió los ojos extremadamente, y la miró, asustado.

—¡Mi oreja! —exclamó.

—¿Qué oreja? —dijo ella, mirándole los dos órganos auditivos.

—¡La derecha, la derecha!

—¿Qué le pasa a su oreja derecha, le duele? —preguntó la muchacha, observándosela con atención.

—¡Me la han cortado de una cuchillada!

—No, Felton, la tiene en su sitio...

—¡Me la han seccionado, la tenía el matarife en la mano, que se la he visto llena de sangre!

Ella sonrió dulcemente y se la acarició con mimo.

—Tranquilícese, Felton; su oreja derecha está donde debe estar.

—Entonces... ¡todo ha sido un sueño!

—Seguramente.

—¡Una horrorosa pesadilla!

—A juzgar por la forma en que sudaba y se agitaba, no debía estar pasándolo muy bien en ese sueño, ¿no?

—Eso puedo jurárselo, señorita Walcot. Estaba viviendo el peor momento de toda mi vida —dijo Red.

—Menos mal que sólo era un sueño —comentó Doris Walcot, incorporándose también.

—Pero que puede suceder realmente, de un momento a otro. Y como no salgamos pronto de aquí, me quedará sin oreja derecha y sin muchas otras cosas.

Ella se asustó.

—¿De veras, Felton?

—Me temo que sí, señorita Walcot. Walter Albertson la ha tomado conmigo y no cejará hasta verme despedazado.

—¿Quién es ese Walter Albertson?

—El tipo que la obligó a revelar mi verdadera identidad.

Doris Walcot tuvo un sobresalto, al recordar el hecho.

—Un sujeto con muy malas entrañas... —murmuró, dejando de mirar al agente.

—Sin lugar a dudas.

Los ojos de ella volvieron a buscar los de Red.

—Yo no quería delatarle, Felton, créame...

—Lo sé, no se preocupe. Hizo bien en decírselo todo. De haberse

negado, Albertson se hubiera ensañado con usted... Disfruta martirizando a la gente.

La hija de Terence Walcot estaba a punto de echarse a llorar.

—Me estiró el cabello, me abofeteó, me retorció un brazo... Esto último no pude resistirlo, me causaba un intenso dolor. Tuve que hablar, Felton, o me habría roto el brazo. Cuánto siento que por mi culpa...

—Olvidelo, se lo ruego. Yo solo me descubrí. Obré como un perfecto estúpido.

Ella se animó un poco, con las palabras de Red.

Incluso sonrió, aunque débilmente.

—¿De veras no me guarda rencor, Felton?

—Ninguno, señorita Walcot —sonrió también Red.

—¿Seguimos siendo amigos?

—De usted depende.

Doris Walcot se extrañó.

—¿De mí...? ¿Por qué de mí?

—Usted me prometió algo anoche, ¿recuerda?

—Ah, sí, ya sé a qué se refiere... —volvió a sonreír ella.

—Pues hale —dijo Red, intentando cogerla por la cintura.

La pelirroja lo evitó, dando un paso atrás. Se mordió un labio con picardía, y observó:

—La verdad es que no se lo prometí, Felton...

—Bueno, pero casi.

—Tampoco es cierto. Sólo dije que tal vez.

Red cruzó los brazos sobre el pecho.

—Oiga, señorita Walcot. Si sigue mostrándose tan inflexible conmigo, acabaré por tomarle manía. Y si se la tomo, no consentiré en casarme con usted, ni aunque me lo suplique de rodillas, ¿entendido?

—Sigue siendo usted incorregible, Felton —rió ella.

—Y usted, una maravilla —dijo enseguida el agente, avanzando un paso y alargando los brazos. La enlazó por el talle, sin que ella hiciera nada por librarse esta vez, y añadió—: Chico incorregible desea besar a chica maravilla, *stop*.

—Oh, Felton...

—Es urgente, *stop*.

—Qué obstinación...

Red acercó su rostro al de Doris Walcot y murmuró, mirándola a los ojos:

—Imposible resistir tentación, *stop*.

—En tal caso...

—¿Qué?

—Adelante, *stop*.

Red Felton buscó los labios de la muchacha.

El beso fue largo, profundo.

Cuando se separaron un poco, Red dijo:

—Valía la pena pedirlo por telegrama...

—¿Satisfecho ya, agente? —sonrió ella candorosamente.

—Usted sabe que no.

—¿Por qué? ¿Acaso no se cumplió su deseo...?

—Mi deseo es darle un millón de besos.

—Un millón de besos no se dan ni en toda una vida.

—Voy a demostrarle que no —repuso Red, tratando de besarla de nuevo.

Doris Walcot se lo impidió, cubriéndole la boca con una mano.

—Dejemos las demostraciones para mejor momento, agente.

—Aparte la mano o se queda sin ella.

—Lo haré, si me da su palabra de olvidarse, por ahora, de los besos.

—Ahora verá lo que le voy a dar.

—¡Ay...! ¡Me ha mordido!

—Se lo advertí —sonrió Red, antes de cubrirle la boca con un beso.

Ella quiso librarse, pero sólo durante los primeros cinco segundos.

Después, quiso todo lo contrario.

Red la estrechó contra su pecho.

—Suéltame, Red... —pidió cálidamente Doris, cuando pudo hablar.

—Dentro de un par de lustros —contestó él, besándole la naricilla.

—Tenemos que salir del camarote...

—¿Qué camarote? —dijo Red, mordisqueándole la suave barbilla.

—Debemos abandonar la isla...

—¿Qué isla? —repuso Felton, emprendiéndola con los lóbulos femeninos.

—Oh, Red, basta... Me vas a dejar sin orejas... Y no me preguntes qué orejas o te fracturo el peroné de una patada.

—Te quiero, Doris...

—Tú debes querer a muchas, Red.

—Solamente a ti.

—Es difícil creer en la palabra de un fresco como tú.

—Debes creerme, Doris. He conocido a muchas chicas, pero nunca me interesé verdaderamente por ninguna. Por eso sigo soltero, esperando encontrar a la mujer de mi vida. Y ya la encontré: tú.

—Quiero creer que eres sincero conmigo, porque...

—¿Porque...?

Ella le sonrió amorosamente y confesó:

—Porque yo también te quiero, Red.

—¿No estaré soñando otra vez, Doris...?

—No, Red; estás despierto, pero que muy despierto... —repuso ella, al tiempo que se libraba de él hábilmente.

—¿Por qué huyes de mí, Doris?

—Porque tienes las manos muy largas.

—Me gusta acariciarte...

—Todo llegará, cariño. De momento, debemos preocuparnos de salir del camarote.

—Eso está hecho.

—¿Olvidas que está cerrado con llave...?

—Yo tengo una que abre hasta la caja fuerte del Banco de Inglaterra.

Capítulo IX

LA afirmación del agente llenó de asombro a la hija de Terence Walcot.

—¿De veras tienes una llave que puede abrir la puerta del camarote...?

—Sí, ahora verás.

Red Felton se sentó en la litera.

Se quitó el zapato derecho y lo observó.

Doris Walcot seguía los movimientos del agente de la C.I.A. con ojos intrigados.

—¿Tienes callos, Red...?

—Dos en cada pie.

—¿Te duelen?

—A veces; pero en este momento, no. Una callista se encarga de mis pies un par de veces por semana, y me deja como nuevo.

La pelirroja frunció el ceño.

—¿Una callista...?

—Sí.

—¿Por qué no un callista?

El agente se encogió de hombros.

—Ah, pues no sé... Alguien, no recuerdo ahora quién, me habló de una callista que tenía mucha experiencia en el oficio.

—¿Me permites que lo dude, cariño...? —replicó Doris Walcot, que continuaba muy seria, utilizando un tono sarcástico.

Red pareció sorprenderse.

—¿Estás celosa de mi callista, Doris...?

—¡Estoy... rábanos!

—Pero si mi callista es una mamarrachada de mujer... —mintió el agente, quitándole importancia a la cosa con un ademán.

Ella sonrió sardónicamente.

—Conque una mamarrachada, ¿eh?

Doris Walcot endureció la mirada y empezó a caminar lentamente hacia él, con las uñas por delante.

—Embustero...

Red Felton dio un respingo.

—¿Qué te propones, Doris...?

—Quiero saber la verdad.

—Bueno, la chica es monina, pero... —reconoció Felton, carraspeando.

—¡La chica es una escultura!

—Doris...

—¡Sinvergüenza!

—Jamás te dije que fuera un santo...

—¡Y nada menos que dos veces por semana...!

—¿El qué?

—¡La callista, bribón!

—Olvídate de ella, por favor. Si vas a tener celos de todas las chicas que he conocido, estamos listos. Que tengo veintinueve años, Doris...

Ella, que estaba realmente indignada, exclamó, con ojos centelleantes:

—¡Cuando salgamos de esto, nos separaremos y no volveremos a vemos!

—No digas tonterías, cariño. Está claro como el agua que ya no podrías vivir sin mí.

Ella enrojeció de coraje.

—¡Maldito vanidoso...! ¡Ahora verás!

Doris quiso estrellarle la mano en la mejilla izquierda.

Red le cogió el antebrazo a tiempo, y tiró de él con fuerza.

Doris cayó en sus brazos, dando un gritito de sorpresa.

El agente dejó caer el zapato al suelo, para poder sujetar mejor a la muchacha, mientras la besaba.

Se calmó por completo la indignación de Doris Walcot.

Con la mirada resplandeciente, murmuró:

—Siempre te sales con la tuya, Red...

—Siempre.

—¿Quién te enseñó a besar así?

—*Una tal Lucy* Labios de Oro.

—Qué granuja eres...

—Pero te quiero, Doris. Y como lo pongas en duda otra vez, no sé lo que te hago.

—No, creo que no lo pongo en duda —dijo ella, poniéndose en pie—. Y ahora, saca tu famosa llave y abre de una vez el camarote.

Red Felton recogió el zapato del suelo e hizo girar la tapa que cubría el tacón.

Allí, colocado convenientemente, había un pequeño juego de ganzúas.

El agente eligió una, dejó la tapa como estaba al principio, y se

enfundó el zapato.

Se aproximó a la puerta y empezó a maniobrar con la ganzúa, pero muy silenciosamente, demostrando su experiencia en aquello.

Doris le miraba con ojos llenos de curiosidad.

Un minuto más tarde, Red devolvía la ganzúa a su sitio.

—¿No puedes abrir, Red? —preguntó la muchacha.

El agente sonrió.

—Ya está abierta, Doris. Ahora, veamos si el camino está despejado.

Red Felton empujó la manivela hacia abajo, muy despacio. Después, abrió la puerta menos de un centímetro, sólo lo justo para que su ojo derecho estudiara la situación del corredor.

No había nadie en él.

Las puertas de la escotilla estaban abiertas de par en par.

Cerca de la misma, sobre la cubierta del yate, se veían un par de piernas hasta la rodilla: las del tipo que vigilaba la salida.

El agente volvió a cerrar la puerta del camarote silenciosamente. Mirando a la hija de Terence Walcot, dijo:

—El corredor está libre, Doris, pero la escotilla de salida está custodiada por un individuo. Y puede que hayan más, en el yate.

—¿Qué hacemos entonces, Red...?

—Voy a salir yo solo. Cuando lo haya hecho, cuenta mentalmente hasta treinta y, acto seguido, empiezas a chillar como una loca y a golpear la puerta del camarote con toda la fuerza de que dispongas. Lo demás, corre de mi cuenta.

—Ten mucho cuidado, Red...

Red le pellizcó una mejilla, y luego salió cautelosamente del camarote.

Accionó la manivela de la puerta del que se hallaba situado frente al que acababa de dejar.

Como no se encontraba cerrado con llave, no tuvo problemas para introducirse en él.

Este no estaba iluminado, pero, por la luz que alumbraba el corredor, pudo darse cuenta de que era similar al que ocupaba Doris.

Cuando cerró la puerta, la oscuridad fue absoluta.

Esperó, con el oído pegado a la hoja de madera.

Súbitamente, los gritos histéricos de Doris Walcot llegaron, nítidos, hasta sus oídos, acompañados por una cadena de golpes fuertes, ensordecedores.

Casi al instante, se oyeron pasos precipitados por el corredor.

Y dos voces distintas.

—¿Qué le estará pasando a la chica, Colman? —preguntó una de ellas.

—No lo sé, Farrow —respondió la otra.

—Grita como si la estuviesen asando a fuego lento...

Doris Walcot seguía chillando y golpeando la puerta.

—¿Y si fuera un truco, Farrow?

—De nada les serviría, Colman. No tienen armas, y nosotros sí.

—¿Entonces...?

—Abre, Colman, con cuidado. Yo cubriré la puerta con mi metralleta. Si veo que intentan algo, les suelto una docena de moscardones calentitos.

«Espera un poco y verás lo que te suelto yo a ti, Farrow», pensó Red.

—Atento, Farrow. Voy a abrir la puerta.

Red Felton entreabrió apenas la suya y miró.

Por encima del hombro de Farrow, que se hallaba casi pegado a la puerta del camarote en el cual se escondía, con las piernas abiertas en compás y la metralleta presta a disparar, vio a Colman apoderarse de la llave que pendía del clavo.

El tipo se disponía a introducirla en la cerradura, porque ignoraba que la puerta estuviese abierta.

El agente de la C.I.A. entró en acción en aquel preciso instante.

Abrió su puerta de un brusco tirón y le dio un golpe atroz en el cuello a Farrow, con el filo de la mano.

El fulano se desplomó, sin un gemido siquiera.

Colman se giró, rápido, levantando su metralleta.

Algo parecido a una cox de mamut hizo blanco en su cara, poniéndosela perdida.

Colman lanzó un grito de dolor, y se fue contra la puerta del camarote de Doris Walcot, pero sin la metralleta.

Red no le dio respiro.

Lo que le dio fue un segundo puñetazo en la cara, tan impresionante como el primero.

Colman tuvo la sensación de que el cerebro le salía a trozos por las orejas.

Pero enseguida se olvidó del horrible dolor de cabeza, porque un golpe en el hígado le dolió todavía más.

Le subió hasta la boca un claro sabor a foie-gras, lo cual le dejó pocas dudas sobre el estado actual de su hígado: triturado.

Colman se dobló hacia delante, con unas ganas locas de empezar a vomitar.

No tuvo tiempo de hacerlo.

Red elevó una rodilla y bajó un puño, ambas cosas al mismo tiempo, con mucha fuerza.

La cabeza de Colman, pillada entre puño y rodilla, crujió como un

mueble viejo y desencolado.

Se fue de bruces contra el suelo, con una cara que daba escalofríos.

Ya no le dolía nada, porque estaba inconsciente.

Red cogió la metralleta de Colman con la mano izquierda.

Con la derecha dio un par de golpes en la puerta del camarote de la hija de Terence Walcot.

—Ya puedes salir, Doris.

La puerta se abrió.

Doris Walcot, con cara asustada, observó el panorama.

—¿Estás... estás bien, Red...? —balbució.

—Sí, nena.

Ella, señalando con un dedo a los dos tipos caídos, murmuró:

—¿Están muertos?

—No, no lo están. Pero durante dos o tres horas, no tendrán ganas de nada. Dormirán como angelitos.

—¿No hay más en el yate?

—Creo que no, Doris. Habrían acudido ya. De todos modos, vamos a comprobarlo enseguida. Camina tras de mí, por si las moscas.

Red cruzó el corto corredor y empezó a subir los peldaños de la escalerilla, con la metralleta firmemente empuñada.

Asomó la cabeza por la escotilla.

Al no descubrir a nadie, salió a cubierta y dio una ojeada general.

—Puedes salir, Doris. Estamos solos en el yate.

Ella obedeció.

—Qué ganas tenía de volver a ver la luz del sol... —suspiró, mirando hacia lo alto.

—De momento, ya la has visto suficiente.

La pelirroja le miró con extrañeza.

—¿Por qué, Red...?

—Tenemos visita —contestó el agente, indicando con la mirada hacia donde se hallaba el embarcadero.

—¡Se acerca una lancha! —exclamó ella, dándose cuenta del hecho.

—Sí...

—¡Con cuatro hombres!

—Entre ellos, Walter Albertson, matarife por afición —dijo Red Felton, palpándose instintivamente la oreja derecha.

Capítulo X

—¡DIOS mío! —exclamó Doris Walcot, quedándose sin color en las mejillas en sólo un par de segundos.

—No temas nada, Doris —dijo Red—. Ese salvaje me cortó una oreja en sueños, pero en la realidad ni siquiera me la rozará. Escóndete, pronto, que voy a darles el recibimiento que se merecen.

La muchacha se coló por la escotilla y quedó agazapada en los primeros peldaños de la escalera.

El agente de la C.I.A. se parapetó en un lugar que estimó apropiado y esperó a que la motora se aproximara más al yate.

Cuando consideró que se hallaba a la distancia ideal para darles la bienvenida a los cuatro sujetos que la ocupaban, accionó el disparador de su metralleta.

Las balas picotearon la lancha, arrancando astillas, pero no hirieron a los ocupantes de la misma, porque Red Felton había apuntado bajo, a propósito, disparando en plan de aviso solamente.

—¡Maldición! —rugió Walter Albertson, dejándose caer—. ¡Todos al suelo, rápido!

—¿Qué demonios pasa en el yate, Albertson...? —gruñó el tipo que manejaba el timón, soltándolo para pegarse contra el piso de la lancha.

Walter Albertson escupió una palabrota de origen pirata, y bramó:

—¡Debe ser cosa de Red Felton...!

—¿No se hallaba encerrado en el camarote de la chica...? —preguntó el mismo individuo, que se llamaba Varsi.

—¿Qué habrá hecho con Farrow y Colman? —dijo Bentley.

—¡Ya lo averiguaremos más tarde! —gritó Albertson—. ¡De momento, fuego contra Felton!

—¿No lo quería vivo Darío Parnasos? —inquirió Hagman.

—¡Eso era cuando Red Felton estaba desarmado, pero con una metralleta en las manos, la cosa cambia! —rebuznó el bigotudo.

Hagman, Bentley y Varsi asomaron las testas y sus respectivas metralletas a la vez, enviando una granizada de balas contra el yate, hacia el punto por donde Red Felton les remitiera su «cordial saludo».

Respuesta inútil, porque el agente ya no se encontraba en aquel lugar.

La segunda descarga que envió Red contra la motora partió desde un

punto muy distinto.

El llamado Varsi lanzó un grito ensordecedor, y cayó sobre el piso de la lancha, con la cabeza destrozada.

Hagman y Bentley enviaron al instante una lluvia de balas, en busca del cuerpo del agente de la C.I.A.

Walter Albertson rugió un juramento, se apoderó de la metralleta de Varsi y disparó también contra Red Felton.

La motora ya estaba muy cerca del yate, por lo que las descargas tenían mayores posibilidades de alcanzar su objetivo.

Red Felton se apresuró a cambiar de lugar, enviando un tercer aluvión de proyectiles desde su nuevo parapeto.

Bentley chilló como una rata y pateó desesperadamente dentro de la motora, pero sólo durante breves segundos, porque no pudo vivir más.

Albertson y Hagman se ocultaron rápidamente, temerosos de seguir la misma suerte que Varsi y Bentley.

El bigotudo masculló un improperio y graznó:

—¡Haz virar la lancha, Hagman...! ¡Regresemos al embarcadero!

Hagman elevó un brazo, e hizo girar el timón bruscamente.

La motora empezó a trazar un semicírculo.

Poco después, enfilaba hacia el embarcadero, sin que Albertson y Hagman osasen dejarse ver.

Cuando Red Felton creyó que la lancha ya estaba lo suficientemente lejos, dejó su parapeto y se acercó a la escotilla de proa, anunciando:

—El matarife y los suyos regresan a tierra, Doris...

La muchacha respiró aliviada y salió de nuevo a cubierta.

—¿Crees que volverán?

—Sí, claro. Darío Parnasos tiene un buen grupo de hombres en la isla. Pero mientras Walter Albertson informa al griego de lo sucedido, y estudian luego el mejor modo de aproximarse al yate para darnos caza, transcurrirán muchos minutos. Minutos que nosotros debemos aprovechar al máximo para intentar salir con vida de la isla del Canguro.

Ella le miró, interrogante.

—¿Cómo vamos a salir de la isla, Red?

—Disponemos de tres medios: el yate, la lancha y una avioneta.

—¿Qué medio piensas utilizar?

—La avioneta sería lo más rápido y seguro, pero para hacernos con ella tendríamos que regresar a tierra a nado. Teniendo en cuenta que ya saben todos que nos hemos escapado del camarote y apoderado del yate, sería una locura intentarlo. Están vigilándonos desde la playa. En cuanto a la lancha, las circunstancias son similares. Llegar hasta ella sin ser vistos es imposible.

—¿Entonces...?

—Está claro, Doris: utilizaremos el yate.

La pelirroja parpadeó.

—¿Sabrás manejarlo, Red...?

El agente sonrió, la tomó por la cintura con una mano y la atrajo hacia sí.

—Manejar a una pelirroja tan bonita como tú, me resulta más interesante.

—Olvidate de las pelirrojas bonitas, ahora. Tienes que poner en marcha el yate. Los hombres de Darío Parnasos pueden volver de un momento a otro...

—Sí, es verdad. El trabajo es lo primero. Mientras yo izo el ancla, tú vigila el embarcadero. Si ves que alguien se acerca al yate, avísame al instante.

Red empezó a ocuparse de poner en marcha el yate.

Tras haber izado el ancla, se introdujo en la cabina de mandos y estudió el funcionamiento de los mismos.

—Esto está muy claro, Doris —dijo desde el interior de la cabina—. Es un mecanismo sencillo de veras.

—Me alegro, Red. Ponlo en marcha y larguémonos a toda prisa de aquí.

—Primero tengo que hacer algo.

—¿El qué?

—¿Has olvidado que llevamos dos «pasajeros» a bordo? No quiero problemas durante la travesía —dijo el agente, saliendo de la cabina.

—¿Qué piensas hacer con ellos, Red?

—Echarlos al mar.

Doris Walcot respingó cómicamente.

—¿Echarlos al...?

—No te asustes, nena, que no pienso tirarlos dormido. Se ahogarían...

Red descendió por la escotilla de proa.

Poco después regresaba a cubierta, llevando a Colman echado sobre su hombro izquierdo.

Lo dejó en el suelo, cerca de la borda, boca arriba.

Red empezó a sacudirle en las mejillas con las palmas de las manos.

—Eh, Colman, despierta.

El individuo, cuando ya había recibido una docena de moderadas bofetadas, elevó un poco los párpados y balbuceó con expresión propia de un demente:

—¿Qué ocurre, padre?

—¿Padre...? —repitió, extrañado, Red—. Yo no soy tu padre, amigo.

—¿Dónde está madre?

—Ah, yo qué sé. Supongo que con padre, sí es que madre es decente.

—Me duele mucho la cabeza, padre...

—Y dale con que yo soy su padre —rezongó el agente, mirando a Doris.

Ella se había quedado perpleja, observando a Colman.

Colman se incorporó torpemente, ayudado por Red.

Este le obligó a mirar por la borda.

El semidormido Colman contempló el mar, con ojos muy abiertos.

—Qué agua más azul...

—Para que parezca el mar. Fue idea de madre, ¿sabes? Quiere que el besugo de su hijo, cuando se bañe, esté en su ambiente.

—Madre se preocupa por todo...

—Claro, hijo. Hale, no te lo pienses, salta ya.

Colman se sentó en la borda, dispuesto a dejarse caer.

Pero quizá por instinto, no se decidía a lanzarse.

—Esto está muy alto, padre...

—Utiliza el ascensor.

—¿Qué ascensor?

—¡Este! —exclamó Red, dándole un empujón.

Colman se zambulló de manera muy poco ortodoxa.

El contacto con el agua debió despertarle totalmente, porque, cuando volvió a la superficie, rugió, enarbolando un puño:

—¡Maldito seas, Felton...! ¡Me las pagarás!

El agente le enseñó el cañón de su metralleta y advirtió:

—Te doy diez segundos, Colman. Cuando hayan pasado, empezaré a disparar sobre ti.

—¡No...! —gritó el sujeto, con temerosa expresión.

—Uno...

—¡No puedes hacerlo, Felton!

—Dos...

—¡Dame más tiempo!

—Tres...

Colman masculló una maldición y empezó a nadar como un loco.

Red Felton esperó un poco.

Después, envió una ráfaga, que se hundió en el agua a un palmo escaso de los talones de Colman.

Este chilló de miedo y aumentó considerablemente el ritmo de sus brazadas.

La muchacha sonrió.

—Eres terrible, Red.

—Voy por el otro.

También a Farrow tuvo que despertarlo el agente a bofetones.

Farrow no reaccionó como Colman, porque recuperó la razón completamente.

Al verse frente a Red Felton, desarmado y encañonado por la metralleta que empuñaba el agente de la C.I.A., palideció totalmente y empezó a temblar.

—No dispaes, Felton... —balbució.

—¿Por qué —no, Farrow?

—Sería una canallada...

—Eso es lo que sois todos, desde Darío Parnasos hasta el último de sus hombres: unos canallas. ¿Acaso no pensabais acabar con nosotros a sangre fría, sin darnos la menor oportunidad?

Farrow engulló saliva con grandes esfuerzos, y suplicó nuevamente:

—No me mates, Felton. Tú no eres como nosotros, no puedes hacer una cosa así...

Red le envió una mirada cortante y ordenó:

—Salta por la borda, Farrow. Tienes diez segundos para alejarte a nado, antes de que empiece a ladrar mi metralleta.

—Es muy poco tiempo...

—No lo desperdicies hablando.

Farrow se puso en pie, de un salto y se lanzó de cabeza por la borda.

Luego empezó a bracear desesperadamente, en dirección a la playa.

El agente puso en marcha el motor.

Segundos más tarde, el yate viraba lentamente y enfilaba mar adentro con rumbo a Hamilton, capital de las Bermudas.

* * *

Casi al mismo tiempo que Red Felton y Doris Walcot comenzaban a alejarse de la isla del Canguro, Walter Albertson estaba poniendo al corriente a Darío Parnasos del recibimiento que les había dispensado el agente de la C.I.A. cuando se aproximaron al yate.

El millonario griego estaba más furioso que nunca.

—¿Cómo diablos ha podido Felton...? —empezó a rugir como un león.

—Lo ignoro, señor Parnasos.

—¡Apoderarse de mi yate! —bramó el griego, golpeando la mesa con los puños.

—Sí...

—¡Colman y Farrow son dos alcornokes!

—No me explico cómo nudo sorprenderles...

—¡Es inconcebible...! ¡Encerrado bajo llave, sin armas, y custodiado por dos hombres provistos de metralletas...!

—Evidentemente, Red Felton es un tipo de muchos recursos. De otro modo, lo sucedido no tendría explicación.

El griego masculló una maldición ateniense, y relinchó:

—¡Hay que cazar a Felton inmediatamente!..

Darío Parnasos se interrumpió, porque acababa de ver aparecer a Hagman, corriendo alocadamente, con un palmo de lengua fuera de la boca.

Walter Albertson también se fijó en el sudoroso Hagman.

Este llegó ante la mesa que compartían, frente a la casa, Parnasos y Albertson, y, respirando entrecortadamente, exclamó:

—¡El yate!

Walter Albertson atirantó los músculos faciales.

¿Qué pasa con el yate? —inquirió gravemente, temiéndose alguna faena del agente de la C.I.A.

—¡Que se va, que se va! —resolló Hagman.

—¿Cómo...? —rugió el millonario griego, saltando de su silla.

—¿Qué...? —bramó Albertson, despidiendo fuego por los ojos.

—¡Felton ha debido ponerlo en marcha! —exclamó Hagman.

—¡Condenación! —gritó el griego, empezando a estirarse el rojizo cabello con desesperación—. ¡Seguro que se dirige a Hamilton...! ¡Si logra llegar estamos perdidos, Albertson...!

El bigotudo se puso en pie de un brinco y afirmó:

—No lo logrará, señor Parnasos. Si usted me autoriza, Felton, la muchacha y el yate irán a parar al fondo del mar.

Darío Parnasos enarcó las cejas.

—¿Cómo esperas conseguirlo, Albertson...?

—Prepararé en muy poco tiempo una poderosa carga de explosivos, y la dejaré caer, desde la avioneta, sobre la cubierta del yate, antes de que éste se aleje demasiado. Perderá usted el yate, pero no veo otra Solución, señor Parnasos.

El propietario de la isla del Canguro no lo dudó:

—¡Hazlo, Albertson!

* * *

La «Pipper-Cherokee» de Darío Parnasos despegó con su mortífera carga a bordo.

Hagman la pilotaba.

A su lado, Walter Albertson sostenía sobre sus rodillas el preparado de explosivos, con mucho cuidado. Pronto localizaron el yate.

—¡Ahí está, Hagman! —exclamó Albertson, apuntando con el índice hacia la magnífica y moderna embarcación.

—¡Allá voy! —exclamó Hagman, virando lo justo para situar al aparato en la misma línea que el yate, aunque todavía a cierta distancia.

La avioneta descendió y avanzó a la mínima velocidad.

—¡Baja todo cuanto puedas, Hagman! —indicó Albertson.

—¡Si descendiendo más nos exponemos a rozar el yate! —advirtió Hagman.

—¡De acuerdo, es suficiente...! ¡Cuando lance la carga, aumenta al máximo la velocidad!

—¡Entendido!

—¡Atento, que ya estamos cerca!

Efectivamente, la avioneta estaba a punto de sobrevolar el yate.

Walter Albertson abrió la portezuela.

Alargó el brazo derecho, sosteniendo la carga de explosivos.

Cuando pasaron sobre el yate, en el momento justo, oportuno, Albertson la dejó caer.

—¡Rápido, Hagman! —ordenó.

La «Pipper-Cherokee» cobró su mayor velocidad y comenzó a ganar altura.

Casi enseguida, una ensordecedora explosión atronaba el lugar.

—¡Media vuelta, Hagman! —gritó Walter Albertson, deseoso de conocer el resultado de la terrible explosión.

Hagman viró en redondo y la avioneta enfiló de nuevo hacia el yate.

Bueno, hacia lo que quedaba del yate...

Y ciertamente, era muy poco.

Apenas algunos maderos sueltos, flotando caprichosamente, se veían en el punto donde poco antes navegaba majestuosamente el precioso yate de Darío Parnasos.

—¡Demonios, sí que se ha hundido pronto! —exclamó, alborozado, Hagman.

—La carga era muy potente —recordó Albertson—.

Al haber alcanzado de lleno al yate, éste se ha ido al fondo en un santiamén.

—¡Nunca más se sabrá de Red Felton ni de la chica! —rió Hagman.

—En efecto. Sólo lamento que ese agente del demonio se haya ido de este mundo sin haber probado la hoja de mi cuchillo.

—También a mí me hubiera gustado presenciar come Felton se retorció de dolor mientras tú le «trabajabas». Me soltó un castañazo en la boca y me la dejó perdida. Tuve la impresión de que me golpeaba con un adoquín...

Walter Albertson sonrió.

—Ya no podrá golpear a nadie más, Hagman. Regresemos a la isla.
Darío Parnasos se alegrará mucho del fin de Felton y de la chica.

Capítulo XI

—¿HAS oído esa explosión, Doris?

—Sí, Red. Ha sido tremenda...

—El yate del griego acaba de saltar hecho pedazos, seguro —adivinó el agente de la C.I.A.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la muchacha.

Con voz apagada, murmuró:

—Y pensar que nosotros hubiéramos saltado con él, si tú no llegas a decidir que era mejor abandonarlo, y regresar a la isla...

—Lo pensé cuando descubrí los equipos de exploración submarina que tenía Darío Parnasos en el yate. — Con ellos hemos vuelto a la isla sin ser vistos por nadie, mientras todos creían que seguíamos en la embarcación. Nunca me pareció seguro escapar en el yate, especialmente, porque el millonario griego posee una avioneta, como ya te expliqué. Sospechaba que con ella intentarían darnos un serio disgusto.

—Bendita sospecha...

—Ahora deben creer que hemos muerto. Por lo tanto, la vigilancia en la isla ya no será tan estricta. Intentaremos llegar hasta la avioneta y trataremos de apoderarnos de ella. Si lo conseguimos, será muy sencillo escapar definitivamente de las garras de Darío Parnasos.

—Mira, ya regresa la avioneta... —indicó Doris Walcot, mirando hacia arriba.

Red Felton se fijó también en la «Pipper-Cherokee».

—Aguardaremos unos minutos y luego iremos por ella —dijo.

—¿No tendríamos más posibilidades de apoderarnos de la avioneta, si lo intentáramos de noche, Red?

—Sí, puede que sí. Pero sería muy difícil permanecer ocultos en la isla tantas horas como faltan para que anochezca. Correríamos el riesgo de ser descubiertos.

—Es un arma que impresiona, Red... —murmuró ella, tocando la punta del arpón con la yema del pulgar diestro.

Red sonrió:

—Desde luego, un arponazo de éstos no debe producir cosquillas, no...

La muchacha dio un suspiro y dijo:

—Ha sido una suerte que Parnasos tuviese en su yate estos magníficos equipos para practicar el deporte submarino. A ellos les debemos la vida.

Red la miró de arriba abajo.

—A ti te sienta estupendamente, Doris.

—Un traje de goma nunca puede favorecer a una mujer.

—Discrepo totalmente, nena. Si resulta ceñidito como el tuyo...

—Qué sinvergüenza eres, Red —sonrió ella.

—Las mujeres bonitas tenéis la culpa de que los hombres seamos unos sinvergüenzas, Doris. Si te miro un minuto seguido, me entran ganas de mondarte a besos.

—Ni que fuese una naranja...

El agente rodeó la cintura de ella con sus brazos.

—Me gustas, Doris.

—¿Mucho...?

—Más que Julieta a Romeo, más que Cleopatra a Marco Antonio, más que...

—Adulador —le interrumpió ella, sonriendo cándidamente.

Se ganó un soberano beso, porque al agente le encantaban las sonrisas cándidas.

—¿Te casarás conmigo, Doris?

—Sí...

Nuevo beso, por responder afirmativamente.

—¿Sin importarte que no haya visto un millón ni en fotografía?

—El dinero no da la felicidad, Red.

Otro beso, por ser desinteresada.

—Eres un tesoro, Doris. Y conste que no lo digo por la fortuna de tu padre.

—Te creo.

Tras el cuarto beso, que fue de mucha categoría, el agente dijo:

—Es hora de ir en busca de la avioneta, Doris.

—Vayamos, Red. Y ojalá tengamos suerte y todo salga bien.

—A mí a afortunado no hay quien me gane —repuso Felton, mirándola significativamente.

—Si continúas piropoándome, acabaré poniéndome tonta, cariño.

—De momento, queda suspendida la sesión de requiebros. Salgamos de nuestro escondite y pongámonos en marcha. Y no debemos abrir la boca ni para estornudar, ¿entendido?

Ella asintió con una cabezada.

Red apartó las ramas que les ocultaban y se puso en pie.

Doris le imitó.

Tanto Red como Doris iban descalzos.

El agente hizo una seña y ambos se pusieron en marcha.

Red caminaba delante, con el fusil de pesca submarina firmemente empuñado, por si había que cargarse algún atún.

Doris iba tras él, casi pegada a su espalda, con más miedo que un boquerón a punto de ser tragado por las fauces de un tiburón.

Habían recorrido aproximadamente unos treinta metros, cuando Red Felton se detuvo de pronto.

Con la mirada le reveló a Doris la presencia de un sujeto armado que vigilaba a una docena de pasos de donde ellos se encontraban, y con ademanes expresivos le indicó que se ocultara tras las palmeras de la izquierda, porque él iba a intentar sorprender al tipo para apoderarse de su metralleta.

La muchacha comprendió y caminó sin ruido hacia su izquierda, para esconderse donde Red le había indicado.

Mientras, el agente, inclinado, avanzaba cautelosamente hacia el individuo.

Doris, que estaba más pendiente de los movimientos de Red que de los suyos propios, pisó una piedrecita puntiaguda y sintió un dolor intenso en la planta del pie.

El chillido que se le escapó hizo que el fulano de la metralleta se girara como mordido por una serpiente.

Descubrió a Red Felton a unos cinco metros de él.

Por la expresión del individuo, el agente supo que iba a soltarle una ráfaga, sin demora alguna.

Red accionó el disparador de su fusil submarino.

El arpón rasgó la atmósfera con un agudo silbido, y se incrustó en el centro del pecho del sujeto, arrancándole un lastimoso gemido.

El tipo cayó al suelo, pero con fuerzas todavía para apretar el gatillo de su metralleta, aunque efectuó los disparos sin dirección.

Enseguida dejó de moverse.

Red dejó caer su fusil, corrió hacia el muerto y se apoderó de su arma.

—¡Deprisa, Doris, que el tiempo es ahora nuestro peor enemigo!

Ella corrió hacia él, pero cojeando visiblemente y exhibiendo una mueca de dolor.

—¡Lo siento, Red, me lastimé el pie y no pude contener el grito!

—¡Olvidalo, ya no tiene remedio! ¿Estás en condiciones de correr normalmente?

—¡Creo que sí!

—¡Pues hazlo detrás de mí, rápido!

El agente echó a correr en dirección al hangar que cobijaba la avioneta de Parnasos.

Doris se vio precisada a olvidarse del dolor de su pie y corrió como nunca lo había hecho en su vida, para no quedarse rezagada.

Las consecuencias de su inoportuno grito y de los disparos del tipo abatido por el arponazo de Red, no se hicieron esperar.

Dos sujetos aparecieron por la derecha.

Red, sin dejar de correr, les envió una descarga, anticipándose a ellos, que ya se aprestaban a abrir fuego contra el agente.

Los dos fulanos se encogieron como muñecos, entre gritos angustiosos, cayendo, casi al instante, de bruces contra el suelo.

Cinco segundos después, por la izquierda, se dejaba ver Hagman.

Red Felton y Hagman dispararon al mismo tiempo, pero mientras el subordinado de Darío Parnasos se quedaba quieto, el agente se arrojaba al suelo, logrando evitar las balas enviadas por la metralleta de Hagman.

Este no tuvo tanta suerte y cayó abatido de manera fulminante.

—¡Red...! —chilló Doris Walcot, creyendo que el agente estaba herido...

—¡Tranquila, Doris, que a las balas, como a las chicas, les caigo simpático! —exclamó Red, brincando del suelo con una agilidad asombrosa.

Rápidamente, se acercó al cadáver de Hagman y se apoderó de uno de los cargadores de repuesto que llevaba éste en el cinturón, sustituyéndolo por el que tenía colocado su metralleta, prácticamente consumido ya.

Red sospechaba que tendría que seguir utilizando la metralleta, y quería tener la seguridad de que ésta no se quedara muda, sin balas, en el momento más inoportuno.

—¡Sigamos corriendo, Doris! —exclamó, cogiendo a la muchacha de un brazo y tirando de ella.

—¡Esto no es correr, Red, sino volar!

—¡Tenemos que llegar a la avioneta cuanto antes!

Sin tropezarse con nuevos hombres de Parnasos, llegaron hasta la pista de asfalto, descubriendo la avioneta en el hangar, pero a cierta distancia todavía de ellos.

Dos individuos se veían ante ella, en guardia, alarmados por el continuado tiroteo que se estaba produciendo en la isla.

—¡Por aquí, Doris! —gritó Red, corriendo paralelamente a la pista de aterrizaje en dirección a la avioneta, pero entre la maleza próxima al asfalto.

Casi se dieron de bruces con Farrow y Colman.

—¡Fuego, Colman! —bramó Farrow, dándole a su metralleta.

Colman también empezó a soltar balas.

Red Felton había saltado a tiempo hacia su derecha arrastrando

consigo a Doris Walcot, pero con el índice diestro presionando el gatillo de su arma.

Colman y Farrow chillaron a dúo y cayeron como partidos por la mitad, alcanzados de lleno por la descarga del agente de la C.I.A.

Doris, a causa del brusco tirón dado por Red, se había ido al suelo de mala manera, y se quejaba de; cuello y del hombro derecho.

—Casi me has desmontado el esqueleto, Red... —protestó, mientras se ponía en pie.

—Cuando estemos a salvo te daré unas friegas y quedarás como nueva, Doris. ¡Vamos, a correr otra vez! —gritó Red, tirando nuevamente de ella.

—¡Siento complejo de pájaro! —exclamó la muchacha, corriendo ya sin apenas rozar el suelo con los pies

Cuando llegaron cerca del hangar, Red hizo que Doris se quedara pegada contra la tierra y él saltó sobre la pista de asfalto, de forma inesperada.

—¡Tirad las armas, muchachos! —ordenó, encañonando a los dos sujetos que custodiaban la avioneta.

Tras una breve indecisión, éstos intentaron acribillar al agente.

Red hizo funcionar de nuevo su metralleta.

Los dos individuos se retorcieron de dolor, doblaron las rodillas y quedaron inmóviles sobre el asfalto.

Red Felton giró la cabeza:

—¡El camino está libre, Doris!

La muchacha no respondió.

Sin embargo, se dejó ver, aunque no sola.

Walter Albertson la acompañaba, sujetándola por el cabello con la mano izquierda, mientras con la diestra hacía que el cañón de su «German-Luger» presionara ligeramente la sien derecha de la joven.

El bello rostro de Doris Walcot expresaba claramente todo el terror que sentía en aquellos críticos momentos.

Su palidez era alarmante.

Walter Albertson tenía el rostro desencajado de rabia, sus dientes rechinaban, sus ojos miraban como los de una persona anormal.

—¡Arroja la metralleta o le vuelo los sesos a la chica, Felton!

El agente se había quedado paralizado por la sorpresa.

—¡Tienes cinco segundos para hacerlo! —advirtió el bigotudo.

—Tú ganas, Albertson... —suspiró Red, dejando caer su arma.

Walter Albertson lanzó una carcajada de las que sólo solían oírse en los manicomios, y gritó:

—¡Estás perdido, Felton!

—Sí... —admitió Red.

Albertson ya no encañonaba la sien derecha de Doris, sino el cuerpo del agente, a la altura del corazón.

—¡Puedo balearte a mi gusto!

—Desde luego...

—¡Es lo que voy a hacer ahora mismo!

—Creí que lo tuyo era el cuchillo, Albertson... —sonrió Red, aunque malditas las ganas que tenía de hacerlo.

—¡No puedo perder el tiempo en eso, Felton...! ¡Eres demasiado peligroso...! ¡Has liquidado a todos mis hombres, a los diez...!

—Vaya... En fin, Parnasos tendrá que buscarse una nueva banda. A ver si tiene más suerte y no desafina tanto como la que acaba de perder...

Los ojos de Walter Albertson relampaguearon.

Los de Doris Walcot, agrandados por el pánico, vieron cómo el índice de Albertson apretaba el gatillo de su automática.

Fue entonces cuando lo hizo.

Casi inconscientemente, pero lo hizo.

Le pegó un bocado en la mano a Albertson en el preciso momento en que éste disparaba su pistola, lo cual motivó que la bala saliese desviada.

Walter Albertson soltó un rugido de tigre herido.

Al segundo, se desembarazó de Doris, propinándole un golpe.

Mientras la muchacha caía al suelo, gimiendo, el bigotudo quiso apuntar de nuevo al agente y disparar otra vez, pero un bulto humano cayó sobre él, arrollándole.

El bulto, claro, era Red Felton, que había saltado como una pantera sobre Walter Albertson.

Los dos hombres rodaron sobre la pista de asfalto.

Albertson luchaba desesperadamente por encañonar a Red Felton, pero no lo conseguía, porque el agente no se lo permitía, aferrando como una tenaza con su mano izquierda la muñeca de Walter Albertson.

Este hizo fuego una vez.

La bala se perdió en el vacío.

La «German-Luger» escupió un nuevo proyectil.

Se escuchó un agudo grito.

Esta segunda bala no se había perdido en el vacío.

Había mordido carne.

Walter Albertson dejó de forcejear con Red Felton, aunque siguió mirándole con ojos vidriosos y extremadamente abiertos.

Estaba muerto.

Se había matado a sí mismo, cuando pretendía acabar con el agente de la C.I.A.

Red Felton se puso en pie y se aproximó a Doris Walcot, arrodillándose junto a ella.

La muchacha todavía seguía un poco aturdida, a causa del golpe recibido.

—¿Estás bien, Doris?

Ella se pasó una mano por la frente.

—Sí, creo que sí... ¿Albertson...?

—Está muerto.

Doris se puso en pie, ayudada por el agente.

Con expresión temerosa, dijo:

—No perdamos tiempo, Red. Subamos a la avioneta, antes de que vengan más tipos armados.

—No vendrán más, Doris.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Porque no quedan. El único que sigue con vida es Darío Parnasos. Y a ése quiero atraparle, atarlo como un fardo y cargarlo en la avioneta. Vendrá con nosotros.

—¿No será peligroso, Red...?

El agente sonrió, mientras recuperaba su metralleta, y repuso:

—Darío Parnasos es un cobarde. Sin la protección de sus hombres, resulta más inofensivo que un bebé. Anda, vamos por él.

Se pusieron en marcha hacia la casa.

* * *

El millonario griego paseaba nerviosamente junto a las sillas extensibles, con sus ridículos pantalones cortos y su camisa de vivos colores.

Había cesado ya el tiroteo en la isla.

¿Por qué no acudía Walter Albertson a darle cuenta de lo sucedido?

¿Quién había sido la causa del mismo?

¿Red Felton?

Imposible, porque había muerto al explotar el yate, junto con Doris Walcot.

Así se lo había asegurado Albertson.

¿Entonces...?

Los pensamientos del propietario de la isla del Canguro fueron rotos por una voz que dijo:

—Saludos, Parnasos.

El millonario se volvió, dando un respingo.

—¡Red Felton! —exclamó, lleno de estupefacción.

—El mismo, Parnasos —sonrió Red, avanzando hacia el griego,

acompañado por Doris.

—¡No puede ser, estoy viendo visiones!...

—Nada de visiones, grasudo amigo —repuso el agente.

—¡Tú estás muerto, ella también, el yate saltó en pedazos! —galleó el millonario, presa de un visible temblor.

—Cuando el yate estalló, Doris Walcot y yo nos encontrábamos en la isla.

—¡Si Albertson me juró que...!

—Olvídese de Albertson, Parnasos. Ha pasado a mejor vida.

—¿Eh...?

—Como lo oye. Y también los diez individuos que no se desprendían de sus metralletas ni para dormir.

—¡Eso... eso no es... posible! —tartamudeó el griego, pálido como la cera.

—Lo es. Está usted solo en la isla, Parnasos. Más solo que una bufanda en el planeta Marte.

—¡No...! —gimió el millonario.

—Sí, Parnasos. Ha perdido usted esta vez. Voy a llevarle conmigo a Washington. Se acabaron sus negocios al margen de la ley.

Darío Parnasos no pudo resistirlo.

Se desmayó, quedando despanzurrado en el suelo.

—Qué tipo más feo, este Parnasos, Red —comentó la muchacha.

—Bueno, no todos pueden ser tan apuestos como yo... —bromeó el agente, sacando el pecho y elevando ligeramente la barbilla.

—Presumido... —sonrió ella.

Red se apoderó de la cintura de Doris.

—Estoy pensando una cosa, nena. ¿Por qué no aplazamos un par de días nuestro regreso?

Ella jugó con su lengüecita.

—¿Por qué razón, Red...?

—Verás, estando los dos solos en la isla...

—También está Darío Parnasos...

—Al griego lo entierro yo en la playa, con arena hasta el cuello, y le tapo la boca con un coco. No nos molestará, te lo garantizo. Será como si estuviésemos tú y yo solos en la isla.

—¿Tú y yo solos? —repitió ella con ironía, mirando por encima del hombro del agente.

—Completamente, vida mía —aseguró él, tratando de besarla en los labios.

Ella no le dejó.

—Entonces... ¿qué vamos a hacer con esas seis despampanantes chicas que se acercan, sacudiendo las caderas?

Red dio un exagerado respingo, y giró la cabeza.

—¡Ay, mi madre! —exclamó quedamente—. ¡Si ya no me acordaba de ellas!

—Pues sí que resulta raro que, cubriéndose tan poca epidermis como se cubren, tú te hayas olvidado de ellas.

Red Felton tosió nerviosamente y aclaró:

—Son las chicas de Parnasos.

—Ya...

—Te lo juro, Doris. Yo sólo las he tratado superficialmente, muy superficialmente.

—Claro, claro.

—No estarás pensando que...

—Por supuesto que no, cariño —le interrumpió ella, sonriendo de forma extraña—. Tú te habrás limitado a saludarlas, dedicarles alguna sonrisa por pura cortesía y nada más, ¿verdad?

—Pues sí, eso es exactamente lo que ha sucedido, Doris. Ellas y yo, en otros aspectos, nada de nada.

—Te creo, te creo...

—Me alegra que no dudes de mi palabra, Doris. Da gusto que las personas confíen en uno, sí, señor.

Las seis exuberantes féminas llegaron junto a Red y Doris.

A Darío Parnasos, que seguía desvanecido en el suelo, no le miraron siquiera.

A Doris Walcot, que permanecía al lado del agente, tampoco.

A Red Felton...

Bueno, a Red Felton le rodearon en menos de dos segundos, dejando fuera del círculo a la hija de Terence Walcot.

Doce brazos le cayeron encima al agente.

—¡Eh, chicas, que yo...! —quiso protestar Red.

Los labios de la francesa Brigitte le impidieron continuar.

—¡Quietas, quie...!

Ahora fueron los de la griega Cristina los que le cortaron la frase.

—¡Socorro, Doris, soco...!

El S.O.S del agente fue interrumpido por el enorme beso que le dedicó la italiana Silvana.

La brasileña María, la canadiense Marilyn y la mexicana Manuela también querían besar al agente de la C.I.A.

Este no sabía cómo librarse de ellas.

Doris Walcot, sonriendo con ironía, murmuró:

—Y decía que sólo las había tratado superficialmente... Esta faena me la pagarás con creces, sinvergüenza, vaya si me la pagarás...

EPILOGO

CORNEL Playton cumplió su promesa, y concedió un mes de permiso a Red Felton.

El millonario Terence Walcot aprobó con entusiasmo la boda de su hija con el agente de la C.I.A.

Tras la ceremonia, Red y Doris tomaron un avión, y se trasladaron a las Bermudas.

En Hamilton, un helicóptero les llevó inmediatamente a la isla del Canguro, en donde, por expreso deseo de Doris, iban a pasar su lima de miel.

El Gobierno inglés, a petición de Cornel Playton, había consentido ceder la isla, durante treinta días, a la pareja de recién casados.

El helicóptero, tan pronto como Red y Doris descendieron de él, se elevó, y emprendió el regreso a Hamilton.

El agente dejó las dos bolsas de viaje en el suelo, abarcó por el talle a su esposa y murmuró:

—Al fin solos, Doris...

—Y esta vez de verdad —sonrió ella.

Se besaron.

—Qué treinta días nos esperan, Doris...

—Sí, un mes enterito...

—Entremos en la casa —propuso él, cogiendo las bolsas de viaje.

—Aún tardará un par de horas en oscurecer, cariño. ¿Por qué no tomamos un baño en la playa?

Red Felton la miró, extrañado.

—¿Un baño, ahora?

—Sí, Red. De veras me encantaría... —dijo ella, sonriendo de forma cautivadora.

—Está bien, Doris; como tú quieras. Entremos en la casa, pongámonos los bañadores y...

—Ve tú, cariño. Yo lo llevo puesto. Es un bikini precioso...

—¿Pequeñito? —sonrió astutamente él.

—Más bien sí.

—De acuerdo, tesoro —dijo Red, besándola fugazmente en los labios—. Regresaré como las balas.

El agente corrió hacia la casa.

Cuando apenas cinco minutos más tarde, salía de ella, Doris no se veía por ninguna parte.

Sin embargo, sobre una de las sillas extensibles estaba su ropa.

Y una nota que decía:

«Red, cariño, te espero en el embarcadero.

No tardes, por favor.»

Red Felton salió disparado en dirección al embarcadero.

Cuando lo divisó, descubrió a su joven esposa.

Se encontraba sobre los tablones de madera, al final del embarcadero, cerca de la lancha que perteneciera a Darío Parnasos, y que, como entonces, permanecía amarrada a un poste, balanceándose suavemente sobre el agua.

Doris le sonreía, ataviada con un bikini color olmo, que era el colmo.

—¡Red!... —le llamó ella, agitando un brazo.

El agente, que se había quedado de muestra al fijarse en el subyugante cuerpo de su esposa, murmuró, admirado:

—Si resulta que me he casado con el monopolio de la belleza

—¡Cariño! —llamó de nuevo Doris.

Red Felton se mojó los labios con la lengua y gritó:

—¡Ahí voy, sirena mía!

Le dio nuevamente a sus remos inferiores, levantando una nube de arena.

Doris se dejó caer en la motora, soltó la cuerda y puso el motor en marcha.

En el preciso instante en que Red alcanzaba los primeros tablones del embarcadero, la lancha empezaba a alejarse lentamente del mismo.

Cuando el agente llegó al final, la motora se encontraba a unos treinta metros, trazando un círculo.

—¡La manejas muy bien, Doris! —exclamó, muy sonriente.

—¿Verdad que sí? —rió ella.

—¡Anda, regresa, y subiré yo también!

—¡Nones!

—¿Cómo?

—¡Que no pienso regresar, Red!

—¿Eh?... ¿Puedo saber qué estás tramando, Doris? —exclamó él, empezando a perder su sonrisa.

—¡Regreso a Hamilton, cariño!

—¿Qué...?

—¡Y sin ti, naturalmente! —siguió riendo ella.

—¡Doris!... —chilló Red Felton, tan furioso como desconcertado.

—¡Que pases una feliz, dichosa e inolvidable luna de miel, Red!

¡Hasta la vista!

—¿Te has vuelto loca, Doris? ¡La motora es el único medio para poder regresar a Hamilton, porque la avioneta de Parnasos no está en la isla!... ¡No podré salir de aquí!...

—¡Dentro de un mes volveré por ti, cariño!

—¡Un mes...! —gritó, desesperado, el agente.

—¡Treinta días de soledad no te vendrán mal, Red! ¡Lo necesitas, después de haberte dado el atracón con las seis chicas de Parnasos! ¡Un atracón superficial, por supuesto!... —añadió irónicamente ella.

—¡No seas rencorosa, Doris!... ¡Aquello fue antes de conocerte a ti, y tú estabas dispuesta a olvidar todas mis aventuras pasadas!

—¡Lo estaba y lo estoy! ¡Pero esto lo hago por haberme mentido con lo de las —chicas del griego! ¡Las habías tratado muy a fondo, granuja!

—¡Vuelve, Doris!... ¡No puedes hacerme esto!

—¿Qué apuestas a que sí?

—¡Eres mi esposa!

—¡Sí, lo soy!

—¡La esposa tiene la obligación de permanecer junto al marido!

—¡Estaremos juntos, Red, pero dentro de un mes!

—¡Si me quedo solo aquí un mes, me moriré de aburrimiento!

—¡Robinson Crusoe permaneció solo mucho más tiempo, y logró sobrevivir!

—¡Doris...! —chilló él, al borde de la exasperación.

—¡Chao, cariño! —rió ella, maniobrando el timón.

La lancha dejó de girar en círculo, y enfiló rumbo a Hamilton.

Pero, inesperadamente, el motor dejó de funcionar

La lancha se detuvo casi enseguida.

Doris se olvidó de las risas, y empezó a manipular nerviosamente el motor, tratando de ponerlo otra vez en funcionamiento.

Red, percatado del hecho, se lanzó de cabeza al agua, y nadó furiosamente hacia la motora averiada.

Doris vio cómo se acercaba rápidamente, y soltó un grito.

Se esforzó más, intentando poner en marcha el motor, pero no lo consiguió.

Red Felton alcanzó la lancha, y saltó a su interior.

Miró a Doris con expresión triunfal y dijo:

—Conque pensabas regresar a Hamilton, ¿eh?

Ella abandonó su gesto de temor, y sonrió maravillosamente.

—Todo ha sido una broma, Red. Una especie de castigo por aquella mentirijilla que me endosaste.

—No te creo, Doris.

—¿Quieres una prueba, desconfiado? Mira, el motor de la lancha

funciona perfectamente —dijo ella, poniéndolo en marcha sin ninguna dificultad. Después, le echó los brazos al Cuello y le acercó los labios, diciendo—: ¿Convencido ya?

El agente de la C.I.A. la atenazó al instante y respondió:

—Prefiero convencerme a mi manera, Doris. ¿Algún inconveniente?

—Ninguno, Red.

Unieron sus bocas en un apretado beso.

Después, ella ronroneó:

—¿Alguna duda todavía, Red?

—Ninguna, Doris. Hale, sigamos, que me comprometí a dar un millón de besos en una semana, y yo soy un hombre de palabra.

Dicho esto, Red Felton buscó de nuevo los labios femeninos.

Doris se los ofreció, complacida.

Se inició la cuenta atrás del millón.

Y ciertamente, a un ritmo sorprendente...

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE**

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

